



Fray Dionisio Vázquez

Sermones

Índice

- I -
Sermón de la Resurrección
- II -
Sermón de la Ascensión
- III -
Sermón de Pentecostés
- IV -
Sermón para la Dominica primera de Adviento
- V -
- VI -
- VII -
Assumptio Mariae Virginis

Sermón de la Resurrección

In Resurrectione Domini

Thema: Vicit leo de tribu Juda radix David.

(Apoc., V, 5.)

Doctísimo y reverendísimo y católico concejo. Celebra hoy nuestra madre la Iglesia la segunda natividad de Cristo nuestro Redemptor en cuanto hombre, y es fiesta muy de su Sancta

Madre, y tanto que es tanto suya, en su manera, como suya de Él en la suya. Bien veo que sabéis todos que el que tiene hijo es padre, y en el punto que se muere el hijo, dexa de ser padre: y esto mismo hemos de decir de la madre.

Cristo nuestro Redemptor fue verdaderamente muerto, y, cuando estaba en el sepulcro, estaba muerto. Aunque la divinidad nunca dexó la humanidad, etiam mortuo Christo, pero el ánimo de Cristo bien dexó la humanidad.

Pues digo aguora que la Reina sacratísima dexó de ser Madre de Dios cuando murió Cristo, porque dexó de ser el que ella había parido, porque parió a Dios hecho hombre. De manera que, pues dexó de ser hombre, dexó de ser su hijo, y ella dexó de ser madre, porque no hay madre sin hijo. Fue privada la Madre de Dios de la mayor dignidad y excelencia que ninguna criatura hasta hoy privada se vio, porque se vio privada de tener a Dios por hijo, y así sintió más de su Pasión que otro ninguno; que, aunque se compadesció con todos, pero mucho más que todos, y aunque con muchos, pero más que muchos. Y todos los dolores y compasiones juntos, fundidos, no son nada en comparación de lo que ella sintió. [Costó mucho a la Madre de Dios la muerte de su Hijo porque le costó el ser madre, y a Él le costó ser hombre. Pero en esta natividad, Él pasó de ser perfecto hombre a ser perfectísimo hombre; y ella, de ser perfecta madre, a ser perfectísima madre]. De manera que derechamente la llamaremos su fiesta, pues en ella tornó a ser Madre de Dios, y de muy otra hechura, y el por qué, adelante lo diré.

Pues llamemos a esta fiesta segunda natividad de Cristo nuestro Redemptor, con licencia de San Agustín. San Agustín dice que dos fueron las natividades de Cristo. La primera fue cuando nació del vientre virgíneo, único, y tan único, que no hubo otro, ni habrá otro tan único en virginidad. Y esta natividad fue verdaderamente natividad. Esta otra fue metafórica, que fue cuando Cristo salió del sepulcro. De manera que estuvo

en dos vientres únicos, porque el vientre del sepulcro fue tan único, en su manera, como el de la Virgen, en la suya.

En esta segunda natividad fue la Madre de Dios, que había dexado de ser madre, reelegida en ser Madre de Dios.

Vamos adelante. Veamos cuál fiesta fue más suya: ésta u la de la Natividad. En verdad, mucho más ésta. Porque, aunque en la otra fue Madre de Dios verdadera, porque le parió; pero en ésta fue Madre de Dios porque cobró lo perdido. En la otra fue madre para dejar de ser madre; mas en ésta fue hecha madre para no dexar de ser hecha madre. En la otra fue hecha madre de hombre que había de dejar de ser hombre; mas en ésta fue hecha madre de hombre incorruptible. ¡Oh, válasme Dios, cuán suya es esta fiesta! Mucho, en verdad.

Ahora, pues, démosle las buenas Pascuas de ser madre, según la natividad primera; pero con mayor regocijo le demos las albricias de ser Madre de Dios y hombre. Pero muchas mayores y más copiosas mercedes os pedimos desta segunda natividad, en la que os visteis la más honrada madre, que nunca se vio ni se verá. Señora, hasta ahora os llamábamos Madre a ten ten, agora os llamaremos Madre a boca llena. Y porque estas mercedes no se pueden alcanzar sin gracia, otorgadnos, Señora, una poca, pues sois parte para hacernos con ella. Y para más obligaros, os rezamos la antífona, con la cual toda la Iglesia os saluda hoy: Regina caeli, laetare.

Vicit leo, etc.

«Venció el león del tribu de Judá, raíz de David, para abrir el libro».

La misma autoridad demuestra lo que tiene y cuán pregnada está. Venció el león, visto en figura de cordero por San Joán. Veamos: si león, ¿cómo cordero?; si cordero, ¿cómo león?

Vamos más adelante. Radix David. Dad acá. ¿Cómo encaxaremos esto? Esaías dice: Egredietur virga de radice Jesse. Donde se dice que la flor es Cristo nuestro Redentor, y se dice que Jesé es raíz de Cristo nuestro Redentor. Luego también David, su hijo, será raíz de Cristo nuestro Redentor. Luego ¿cómo dice que es raíz de David? ¿Qué es esto, evangelista? Decídnoslo vos, por vuestra vida.

Mirad: dexemos ahora de hablar de Cristo, en cuanto Dios, que, en cuanto Dios, principio es de todas las cosas, y ansí no hay dificultad en el tema; pero, en cuanto hombre, digo que fue raíz de David. ¿Queréislo ver? Si David fue rey, por Cristo lo fue; si tuvo estado, por Cristo lo tuvo; si tuvo fausto, por Él lo tuvo. Si no hubiera de haber Mesías, no hubiera rey, no hubiera sacerdotes, no hubiera templo, no hubiera Sancta Sanctorum, no hubiera nada desto; no, nada. Luego Cristo, en cuanto hombre, raíz es de David. Así es: vamos adelante.

Venció el león, [no] por fuerza de armas, no con lombardas, no con trabucos ni con nada de eso, sino con solemne justicia y heroica. Fue necesarísimo que fuese la cosa por justicia y no por punyadas. Este vencimiento fue hecho cuando Cristo nuestro Redemptor expiró en la cruz. Y había de ser este vencimiento una cortesía y un placer muy grande para

Dios, por una ofensa muy grande que se le había hecho, por lo cual andaba un pleito pendiente entre Dios y los hombres, como entre partes principales, sobre tres cosas muy importantísimas para nuestra salvación. La primera sobre la gloria del ánima. La segunda sobre el buen tratamiento del cuerpo. La tercera sobre el aposento que se le había de dar.

Mirad: cuando Dios crió al hombre, crióle muy lindo, muy hermoso, muy gracioso, muy bien dispuesto, sin enfermedades; crióle con todos los sentidos naturales vivos, y muy vivísimos todos los órganos así interiores como exteriores. Púsole en una tierra fertilísima, que fue en el Paraíso terrestre. Crióle de tal manera y en tal estado que estaba mucho en su mano el no pecar; y lo que más era, que tenía esperanza de ir adonde no solamente pudiese no pecar; empero adonde no, pudiese pecar. Criólos de tal manera que estaba en su mano el morir o no morir, el libre arbitrio, muy perfecto y muy entero. ¡Guárdenos Dios! Era muy gran cosa el hombre y fue criado como muy gran cosa. Y fuéle quitando todo esto por una ofensa grande que se hizo contra Dios con demasiado desacato y con gran desvergüenza. Era menester que Dios fuese satisfecho de aquesta injuria, de tal manera que fuese hecho un servicio a Dios tan grande que fuese mayor el placer que a Dios se hiziese por aquel servicio, que el desplacer, que le fue hecho por la ofensa, contra Él cometida. Porque para pagar a un hombre, especialmente si es grande, una afrenta, que le haya sido hecha, es menester que le deis algún servicio que le haga más placer, que desplacer le hizo la afrenta que le fue hecha. Y mientras esta paga no hubo, el hombre estuvo mal con Dios, y Dios con el hombre. Condenóle con gran justicia, que, aunque el hombre fue engañado, pero justísimamente fue condenado. Y fue permisión divina que pecase y que nosotros todos pecásemos en este hombre, que, fue el padre Adán. De arte que, si se pudiese hacer un hombre de todos cuantos ha habido y hay y habrá, este tal sería el que ofendió sumamente a Dios. Pues tomemos agora todas cuantas rufianerías, todas cuantas roberías, y logrerías, y tacañerías y adulterios han pasado; hagamos un hombre de todo. ¿Paréceos que sería gran diablazo y que desplacería a Dios? Ya os tengo dicho, y agora lo digo otra vez, que, si en Dios cupiese interese o afrenta o otra alguna alteración, que la sentiría más que todos los hombres juntos: mayor sinsabor le daría que a todos los hombres juntos. Esto es averiguado. Pero imaginad ahora que así, que en Dios quepa alguna alteración. ¡Qué revolvimiento de entrañas y de corazón le daría este diablazo, que os tengo dicho! ¡Valasme Dios! Muy gran sinsabor le haría. Mirad un hombre do entran los Nerones, los Decios, los Egias, los Pilatos, los arianos, los leuteranos, ¡cuánto enojo, cuánta afrenta le haría a Dios! ¿Paréceos que sería razonable? Yo bien pienso que sería muy grande, en verdad, y tan grande que excediese todo el entendimiento humano. Pues miradme la ofensa que se le hizo a Dios cuando el comer de la manzana. Fue tan desagradable a Dios, que yo os prometo que, si como era imposible que le fuese hecha ofensa con menoscabo suyo, fuera posible hacérsela con menoscabo, más afrenta recibiera y más pesar de lo que se puede pensar. De manera que, Dios está muy quitado de intereses, porque no se le puede hacer servicio que le haga mayor, ni deservicio que le haga menoscabo. De manera que, si yo peco mortalmente, ofendo a Dios tanto que, si Dios fuese capaz de una bofetada, no se afrentaría tanto de recibilla, cuanto se afrenta y se ofende de un pecado

mortal. ¡Oh! que Dios no recibe menoscabo ninguno porque peque yo. Pocas gracias a ti; que, si Él fuese capaz de interese o de daño, grandísimo enojo y muy gran revolvimiento de tripas y de corazón le harías en pecar mortalmente; y así la ofensa, hecha a Dios por nuestros primeros padres, fue muy abellacada, porque fue más que pecado mortal, más, sin comparación, su amor propio de sí y desamor y menosprecio de Dios. (Intona).

La raíz primera de los pecados mortales y más principales es el amor propio. No hay pecado mortal sin amor propio y sin menos precio de Dios. No hay tacañería, no hay robería, no hay rufianería, no hay logrería, que no nazca de amor propio; donde haya amor propio es imposible que haya amor de Dios. Mirad cómo lo dice San Agustín: Amor Dei usque ad temptum sui, amor sui usque ad contemptum Dei. El amor propio viene a parar en aborrecimiento de Dios y en menosprecio de Dios; y el amor de Dios viene a parar en menosprecio vuestro. Si cometéis fornicación, decid, ¿tenéis amor a Dios? No. ¿Tenéis amor a vos? Sí. La razón está clara. Quien hace lo que quiere, y no lo que yo quiero, ¿no tiene mayor amor a sí que no a mí? Quien hace lo que yo quiero, y no lo que él quiere, tiene más amor a mí que a sí. Si cometéis un adulterio, ¿hacéis lo que quiere Dios? No; lo que queréis vos. Luego más amor tenéis a vos que a Dios. Pues ¿qué era menester necesariamente que hobiese? Un hombre que tuviese tanto amor de Dios, que no se le diese nada por sí, un hombre que no tuviese amor propio, ni señal dél, un hombre que, si fuese menester, se pusiese a la muerte por Dios. Dexemos agora aqueste. No le digamos nada hasta de aquí a un poco.

¿Veis aquel diablazo que os pinté? ¿Veis a aquel monstruo? Yo os prometo, que tiene tanto amor propio suyo que no se acuerda de Dios; que le aborrece en tanta manera que, si fuese posible, le comería vivo. Es cosa infernal, dada al diablo. Este diablazo tiene la manera de un condenado, que ama tanto a sí, que desama a Dios y le aborrece. Con este amor propio más siente las penas que las sentiría, pues, como desea regalarse a sí, ve que no puede sentir mayores congojas. Pues imaginad este diablazo, el mayor bellaco desuellacaras que hay en el mundo. Imaginad que es fundido, como campana, de todos los bellacos del mundo. ¿Veis cuán hediondo y desagradable [es] a Dios?

Pues imaginad otro hombre, el más bien inclinado, el más sabio, el más docto, el más bien dispuesto, el más desasido del amor propio, el más asido del amor de Dios que se pueda pensar. Imaginalde a éste agora, Poné a este diablazo y a este sancto hombre delante de Dios. ¿Quién es este buen hombre? ¡Oh Redemptor del mundo, prototipo nuestro, Salvador nuestro, que Vos sois éste! (Intona). Éste es el que dio fin a nuestro pleito y contienda entre nosotros y Dios. Éste es el que tuvo tanta cabida con Dios que mereció perdón para tan abominables transgresores. Éste es el que dio fin y conclusión a las tres cláusulas tan importantes a nuestra salvación. A la primera, que era la gloria del ánima, diole fin cuando murió, que luego aquellos santos Padres con Cristo juntamente vieron la esencia divina. Dio fin y conclusión a la segunda, que era el buen tratamiento del cuerpo, cuando resucitó con cuerpo glorioso y impasible. Dio fin y conclusión a la tercera, que era sobre el buen aposento que se le había de dar, cuando subió a los cielos. Diose sentencia definitiva por nosotros el

viernes de la cruz, cuando Cristo murió con la mayor justicia que en el mundo sentencia se dio ni se dará, porque le fue hecho el mayor servicio a Dios en aquel día que nunca jamás, se le hizo y el mayor deservicio que nunca se le hizo. Mirad (que es un donaire muy grande) que se le hicieron a Dios en un mismo auto ofensa grande y servicio grande: ofensa grande de parte de los que le mataron, servicio grande de parte del que murió. De manera que dio cabo y dio fin a esta cosa por nuestro amor, y diole fin, teniendo siempre por averiguado que se habla de dar la sentencia por nosotros, porque tenía de su parte a Dios, que era juez muy propicio, y acabó con Él lo que quiso y con la mayor justicia del mundo.

Agora mirad. Veis aquí estos dos delante de Dios. Imaginad agora el sinsabor que dará el uno y el sabor que dará el otro; los enojos que dará el uno y los placeres que dará el otro. Imaginad que Dios los está mirando al uno y al otro: cuán de mala gana mirará a aquel diablazo, con cuánta saña, y cuán propiciamente miraría a éste y con cuán alegre semblante. Pues mirad. Bien veréis los enojos, los sinsabores, las afrentas, los revolvimientos de entrañas, si cupiesen en Dios, que este diablazo tenía hecho, pues bien lo veis: yo os prometo que le aplice más a Dios un servicio que este otro le ha hecho, que le despluguieron todas cuantas ofensas se le habían hecho por parte del otro. Más quiere Dios la simpleza deste y más le aplice, que le descontentaron todas las suciedades deste otro. Todas las limpiezas del mundo y todas las bondades es nada en comparación de lo que ha placido a Dios. La limpieza de Job es estiércol en comparación de la deste. La paciencia suya es soberbia en comparación de la deste. Todas las bellaquerías del mundo no son tan bellaquerías como son bondades las bondades deste. ¡Ah!, pues luego venció el león del tribu de Judá. ¡Vencido ha, vencido ha!

Pero, Señor, ya que venciste, ¿cómo con justicia? Dice: «Yo os diré cómo. Mirad, bien sabéis que yo no tengo ningún pecado, mortal ni venial, chico ni grande, ninguno. Y sabed más: que yo, no solamente recibí gracia personal, pero recibí gracia universal». (Intona). No ha habido hasta hoy criatura en la vida que haya recibido gracia más de para uno, que es para sí; y así la Madre de Dios no recibió gracia más de para sí solamente, que si alcanza alguna cosa para los otros, eso por ruego es. Pero Cristo, como cabeza de la Iglesia, recibió gracia para sí y para los otros. Pues luego, «Señor, dice Cristo nuestro Redentor, ya veis que no tengo ningún pecado». -Así es. -Luego para mí no había necesidad de morir. Morí por los otros; y por mi muerte merecen todos lo que querían. -Así es, porque vuestro servicio me ha seído muy agradable y me ha placido mucho. -Pues luego, no solamente os he pagado lo que debía el género humano, pero quedáisme deudor a mí, que no me pagáis lo que me debéis a mí. Satisfecho os tengo, no solamente por los otros, pero por mí; y de aquí me debéis algo, porque pago más de lo que era menester pagar, porque con librar a éstos os hiciera pago. No hice solamente esto, pero más hice; que quise ser maltratado, abofeteado y deshonrado. Y todo esto había de pagar vuestra Majestad a mí por mí; a los otros por mí. Debéisme lo que a mí habíades de dar. Yo quise ser abofeteado verdaderamente. ¡Válgame Dios! ¡Qué se puede decir verdaderamente que fue abofeteado y escupido! (Intona). Vidimus eum et non erat ei aspectus, etc. Luego Vicit leo de tribu Juda.

Vamos más adelante. Estas palabras del tema escribe el gran evangelista

San Joán en el Apocalipsi. Dice que vio una visión imaginaria, y que en ella vio un trono muy grande, y en él estaba asentado un hombre, y que al rededor dél estaban sentados veinte y tantos viejos. Y dice que vio un libro de la hechura que eran los libros entonces, un pergamino grande cosido. (Deste libro in alio sermone). Dice que estaba escrito de dentro y de fuera y que estaba sellado con siete sellos; y dice más: que salió un ángel fuerte a voces diciendo: «¿Hay quien pueda abrir este libro?» Y nunca jamás se pudo hallar en el cielo ni en la tierra ni en el infierno quien pudiese abrir este libro. Yo, como vi esto, dice San Juan, comencé a llorar amargamente; y vino a mí un ángel y díxome: «No llores, que ya se halló quien pudiese abrir este libro». Y miré, y vi un cordero como degollado, que abrió el libro. ¡Ah Dios, mi Dios! ¿Cómo es esto? Vicit leo de tribu Juda, et dignus est agnus [qui occisus est, accipere virtutem, etc.] (Intona). Era menester que el que hubiese de abrir este libro tuviese tanto de león como de cordero, y que fuese cordero hecho león, y león hecho cordero: león porque fuerte y no simple, cordero porque sin crueldad. No ha habido cordero en el mundo como Cristo nuestro Redentor. Quasi agnus coram tondente se obmutuit. Manso, palpable y afable, paciente, sin mancilla. No hay ni ha habido cordero tan limpio como Él, ninguno, ninguno. No ha habido león tan león como él, fuerte, animoso, valeroso, vencedor, guerreador. ¡Oh Redentor del mundo, cordero-león y león-cordero! León, porque venciste, cordero, porque sin crueldad. Vicit leo, etc. Adelante.

Dice San Juan: «Como vi aquel Cordero que había abierto el libro, estuve atento y miré cómo todos aquellos viejos venerables se postraron para adorar al Cordero. Y comenzó una música muy acordada a decir: Dignus est agnus aperire librum. Y los viejos, todavía en el suelo, adorando al Cordero, y diciendo: «Adorámoste, Cordero, porque tú solo mereciste abrir el libro, que es la Sagrada Escritura, la cual nunca se entendió hasta que Cristo resucitó. Adorámoste, Cordero, porque con grande justicia libraste al mundo del demonio. Adorámoste, Cordero, porque no solamente satisfaciste a Dios con servicio grande, pero quisiste pagarle de manera que te quedase a deber. Adorámoste, Cordero, pues diste conclusión al pleito pendiente [entre Dios y los hombres]. Adorámoste, Cordero grande y León grande, cordero porque sin crueldad, león porque sin simpleza. Vicit leo.

Vamos al Evangelio. Imaginad, por caridad, el desfallecimiento y el descaecimiento que debía de tener la escuela de Cristo después que le sepultaron. Imaginaldo. Necesariamente hemos de decir que todos cayeron entonces. (Dexemos a la Madre de Dios). Pues, aunque sea necesario decir que todos cayeron, no es necesario decir que todos cayeron juntos entonces. Esto no es necesario decir. Imaginad todo esto. Pues vengamos al Evangelio.

Dice el Sancto Evangelio que dos discípulos iban de mañana (debía de ser cuando salían de Jerusalén), una mañana clara, serena, i iban a Emaús. Creo yo que debía de ser su tierra. Imaginad dos hombres de bien, de buen ingenio y de buena condición.

Iban su camino hablando el uno con el otro. Y debió alguno dellos de mover la plática y decir: -Decí, compañero, no paséis por alto esto que ha pasado en Jerusalén, de nuestro Maestro. Yo espantado está, en verdad, de

lo que ha pasado, pues la fiesta que le hicieron hoy ha ocho días y el rescibimiento y la cosa tan solemne, y agora en tres días veisle muerto. -No sé. O nosotros andábamos engañados con él, o se engañaba. Dios le perdone, que buen hombre era. Pero cierto es que se debía engañar. Mirad, necesariamente habían de decir esto los que no tenían por averiguado que era el Mesías. Por fuerza habían de decir que él se había engañado, porque, a decir que ellos andaban engañados, consintían con los fariseos, que le llamaban alborotador del pueblo.

De manera que iban hablando y decían el uno al otro: -¡Sus!, esto es hecho. Él es muerto y no le veremos más; pero, por cierto, injustamente le mataron nuestros fariseos, porque él era muy buen hombre, hacía muchos milagros y muy grandes. No sé cómo ha consentido Dios una cosa tan injusta. Esto es hecho; no hay más que hacer. Por cierto, si pudiese el hombre escandalizarse de Dios y del cielo porque no se cayó, y de la tierra porque no se hundió o tragó esta ciudad en donde él se mató, un hombre tan illustre y tan magnífico y tan siervo de Dios; que ya que hubo no sé qué estruendo, que las piedras se hirieron unas con otras; pero habían de quedar perpetuas tinieblas en Jerusalem por este tan grande maleficio, y no había de quedar memoria della más que de Sodoma y de Gomorra, porque el pecado dellos no fue nada en comparación deste nuestro.

Cristo, en hábito de peregrino, iba por su camino y alcanzólos, y debiólos de saludar. Llegase a ellos y díxoles: Decidme, hermanos míos, ¿qué es esto que vais hablando entre vosotros, que parece que os casa tristeza? Miradme. Dize el evangelista: No le conocieron. Veamos, ¿cómo no le reconocieron? Ellos no eran ciegos, no eran vicios, vían muy bien, tenían buenos ojos. ¿Por qué no le conocieron? ¿Fue, por ventura, porque Cristo mudó el rostro? No, que su propio gesto llevaba. Pues ¿cómo no le conocieron? Yo os diré cómo acaesció, que Cristo nuestro Redemptor hacía de manera que las especies [que] iban de su figura y gesto a los ojos dellos no fuesen del todo como su rostro. Podíales impedir el medio, no enviando las especies verdaderas de su rostro; pero yo pienso que lo más cierto fue que todas las facciones de su cuerpo mudarían un poco en los ojos dellos Cristo. Otra cosa me espanta a mí más que ésta: cómo, si Cristo no había mudado la voz, no le conocieron en ella. Pero, sin duda, yo pienso que la mudó o la templó de manera que cuando les preguntó aquello, dixéronle: -¿De dónde sois, hombre de bien? -De tal parte. -¿De dónde venís? -De Jerusalem. -Pues ¿cómo vos solo de todos quantos peregrinos había en Jerusalem no sabéis lo que ha pasado en estos días, de Jesús Nazareno, que fue un varón tan grande, tan poderoso y de tanta manera tan reverenciado y tan acatado; cómo nuestros clérigos y nuestros obispos y nuestros arzobispos y nuestros fariseos le han matado en dos o tres días? No ha habido remedio, sino que le han muerto no sé cómo, sin justicia y sin razón. Estamos escandalizados de Dios porque no destruye a Jerusalem y haze que no haya memoria della. Y estamos escandalizados del cielo y de la tierra y de nosotros mismos porque no nos ahorcamos. Estamos tontos y bobos y embelesados, y no sabemos de nosotros porque no, [se] hace justicia de un tan gran crimen. Y nosotros esperábamos que había de redimir a Israel y que había de resucitar. No vemos nada. Unas mujeres andan diciendo no sé qué, que han visto; pero al fin es cosa de mujeres;

no sabemos.

O stulti et tardi ad credendum! ¡Oh nescios y lerdos y torpes! Esto quiso decir a la letra. ¿Cómo no os acordáis de las cosas que os dixo Cristo cuando era vivo? ¡Oh Redentor del mundo! ¡Cuán vuestras eran estas palabras y cuán vuestras son! ¡O torpes y nescios! Mirá, que es de mirar, qué repreensión. Que fue muy grande en ser de persona que ellos no conocían. Sin duda, creo yo que le mirarían cuando les empezó a hablar así áspero, y, como no le conociesen, imagino que creerían que era alguna persona notable, conocido o discípulo de Cristo. Y con esto le escucharon con mayor atención. Dice que les declaró todas las Escrituras. Comenzando desde Moisés y discurriendo por todos los profetas, declaróles todo lo que dél se habla dicho solamente. Porque en la Escritura muchas cosas hay que no se dixeron. de Cristo. Abrióles la Escritura, abrióles el libro. Necesariamente hemos de decir que en el punto que murió Cristo se les cerró este libro a todos sus discípulos. ¡Sancta María! Todos dudaron que era el Mesías, y no estaban en ello firmes. Con no nada les hizieran decir que no había venido a redimir el mundo. Et nos sperabamus, etcétera. Como quien dice: Esperábamos nosotros que había de venir a redimir el pueblo de Israel, y ahora parécenos otra cosa. De manera que necesariamente hemos de decir que cuando Cristo murió, se les cerró el libro, y no se les abrió hasta este día. Y así dixo Cristo: Omnes vos scandalum patiemini in ista nocte. Esta noche, quiso decir, todos estropearéis en mí, todos dubdaréis de mí ser quien soy, y, por dubdar esto, pecaréis. Así que no hemos de tener otra cosa sino que todos uno animo estuvieron dubdando. No todos juntos, como tengo dicho, sino en diversos tiempos. Yo, sin dubda ninguna, pienso quel primero que tornó al ristre fue San Pedro. Dexemos ahora esto. Vamos al Evangelio.

Dice: -¿No os acordáis de las cosas que os decía cuando estaba vivo?

¿Vosotros tenéis a Dios por tonto, tenéisle por loco, por injusto?

¿Tenéisle por parcial? -No. -¿Creéis que hace sus cosas a necias? ¿No os acordáis vosotros de los milagros que hizo ese profeta que decís? -Sí.

-¿Pudieran ser sin ayuda de Dios? -No. -¿Sabéis qué hombre era? -Sí; muy bueno.

-¿De qué estáis escandalizados? -De Dios, porque no hunde esta cibdat.

-O stulti et tardi! ¿Acábase el mundo, necios y torpes? ¿Sabéis

vosotros lo que ha de ser desta ciudad? ¿Pensáis que ha de andar Dios al apetito de los hombres, que luego se habría de mover sin más ni más? No,

no. De otra manera y de otra hechura son las cosas de Dios. Dexá vosotros

a Jerusalem, que venirle ha su Sanmartín. ¿Paréceos que, pues Dios no es

tonto ni bobo, como decís, que consintiera que muriera, si no fuera cosa

necesarísima para salvación del mundo? ¿Paréceos, pues ese Jesús no era

bobo ni tonto, como vosotros decís, que, si viera que no era necesarísimo

para el mundo que él muriera, que se metiera en las manos de sus enemigos?

Y pues decís que hizo milagros por sanar a otros, por resucitar a otros,

¿no os parece que pudiera hacer milagros para salvarse a sí, o, ya que no

quisiera salvarse, hacer que no le empecieran los azotes ni los clavos?

¿No os parece que, pues era hombre tan valeroso, que si él no quisiera

morir, que cuando se halló con treinta mil hombres y os dixo que subía a

Jerusalem a padecer, que pudiera tentar a toda Jerusalem, y ponerle fuego,

a lo menos encantalla? Pues luego ¿por qué os escandalizáis de Dios? O

stulti et tardi! No tenéis razón, sino antes estáis mil leguas della. Sino

que necesariamente y necesarísimamente murió para redimir a todos. Mirad, pues que sois hombres doctos y de buen ingenio, mirad las Escrituras, veréis cómo era necesaria cosa que Cristo fuese abofeteado y escupido y escarnecido y crucificado y muerto y sepultado, porque de otra manera no se cumpliera aquello de Esaías: Quasi leprosum et humiliatum a Deo et percusum, etc. ¿Cómo se cumpliera aquello del profeta: Ipse autem vulneratus est propter delicta nostra, si no muriera? ¿Cómo se cumpliera aquello: In manus tuas commendo spiritum meum? ¿Cómo se cumpliera aquello de Oseas, si no resucitara: Specta me, dicit Dominus, in die resurrectionis meae in futurum? ¡Oh buenos hombres! ¿Habeisme entendido? ¡Cómo! ¿Por esto os escandalizabais de Dios, por tan poca cosa, teniéndole por justo y por santo, y que no hace sus cosas a bobas ni a tontas? ¡Oh nescios y torpes! Todo esto era lo que os predicaba él: cómo era Cristo, y cómo era el Mesías, y cómo había de padecer y morir Por el linaje humano. Torná, torna en vosotros y mirad que hubo grandísima necesidad que muriese. Decí vosotros. ¿No se os acuerda cuando le preguntastes, por curiosidad, de un ciego de nacimiento: Decí, Maestro, ¿quién pecó, éste o sus parientes?, que os dixo que no era necesario que hubiese pecado ni su padre ni su madre, para él ser ciego, sino que aquello había sido para que fuesen manifiestas las obras de Dios en él? Pues ansí digo que no por eso Cristo dexaba de ser Dios verdadero y Redentor del mundo, necesariamente, por haber muerto. No, no, que se hizo para mostrar, en cuanto Dios, sus maravillas en sí mismo; en cuanto hombre, para, mostrar el amor que tiene al género humano y cuánto quería padecer y sufrir por amor dél. ¡Ah, Señor, en buen hora! Pero vemos que, estando en la cruz, dixo: Deus, Deus meus, ut quid me dereliquisti. Llamó a su Padre y a su Dios, y no le respondió. Dixo que, le había dexado desamparado, y quejábase gravemente, y no le fue respondido nada. ¿Qué queréis que digamos a esto? Los discípulos suyos y compañeros nuestros, descarriados, unos para acá, otros para allá. O stulti et tardi! Mirad que todo eso que decís se había de hazer necesariamente, porque dexó entonces Cristo los agentes divinales para sentir más dolor por merecer más para el linaje humano y para no deber nada a Dios, sino que antes le debiese a él. Todo eso que decís se ha hecho ut manifestarentur opera Dei in illo. Deidme, ¿no habéis oído que una arca que hizo Noé, cuando Dios destruyó el mundo, en donde le mandó meter tantos animales de los mundos y de los inmundos tantos? -Sí sabemos. -¿No sabéis que iban allí grifos, osos y leones y tigres, ¡oh, y qué caza tan donosa!, donde iban culebras y lagartos y grifos y águilas, toda esa cosa? ¿Paréceos que pudiera todo eso hacerse, sino por virtud divina? -No pudiera hacerse. -¿Cómo pudiera ser que un hombre cazara todo aquello y lo metiera dentro de un arca? -Era imposible. -¿Cómo era posible que con tan grandes aguas una arca no se anegase? -Y una nao, ¿cuánto más una arca? Era imposible de toda imposibilidad sin virtud divina y sin su ayuda. -¿Cómo era posible que aquellos animales allí se conservasen sin voluntad de Dios? Para que se conservasen aquellos animales, ¿era necesaria la arca? -No, que bien los pudiera conservar sin el arca. -Luego el arca no era necesaria para conservar los animales. -Así es. Para conservar el arca y los animales era necesaria la voluntad divina, y para conservar los animales no bastaba el arca. -Luego quien guardó el arca con animales, que no se anegase, podía guardar los animales sin arca. De

manera que el arca, sin la voluntad divina, no era necesaria; la voluntad divina, sin arca, era necesaria. Pues luego, ¿para qué mandó Dios al otro que hiziese cosa tan grande, de tantas cámaras y tantas recámaras, que estuvo acepillando y aserrando tanto tiempo, para qué? Yo os lo diré. Para que mostrase Dios sus maravillas en esta arca. Sí, que el arca no podía hazer que los que estaban dentro tuviesen tan buena agua para beber, porque si no la guardara, muriéranse de sed. Pero Dios, que sabe bien lo que haze, lo proveyó de manera que no se muriesen de sed. ¿No os parece que bastaba para redimir el mundo sin morir en cruz? Para su hecho no era necesario que muriese en cruz; pero quiso él morir en ella por mostrar sus maravillas, porque, si no hubiera cruz, nunca hubiera esta arca de Noé, pues no era necesidad. Deidme, ¿no conocistes a aquel profeta grande y hombre grande y grande amigo de Dios Abrahán, vuestro padre (ya que lo tenéis en mucho)? ¿No sabéis que le dio Dios un hijo solo sobre muchos ruegos y sobre muchos sacrificios, siendo él viejo y su mujer estéril?

-Sí, bien lo sabemos todo eso, y lo hemos leído todo eso muchas veces.

-¿No, habéis oído cómo mandó Dios a Abraham que tomase su hijo Isac y le sacrificase sobre el monte? ¡Oh, válame Dios, espántame a mí ese sacrificio, en verdad. Dize aquí una cosa Josepho, y tiene razón: que no es de menos mérito la aceptación de Isac que la obediencia de Abraham. (Dic de virtute et constantia ejus et dolore patris, dilatando, etc.).

-Bien sabemos todo eso. -Pues mirad: Abraham es figura de Cristo, en cuanto Dios, que fue obediente a su Padre en tomar carne humana. Isac fue figura de Cristo, en cuanto hombre, que fue obediente a su Padre hasta la muerte.

Vamos más adelante. Ya sabéis cómo su hijo tomó, y fue para el monte. Y le dixo el hijo: -Decí, padre, ¿dónde vamos? Dice: -Hijo, a sacrificar en este monte. -Padre, ¿qué es del sacrificio? -No te mates, Isac, que Dios lo proveerá.

¿Qué irá pensando Abraham viendo ir delante subiendo a cuestras la leña del sacrificio a su unigénito hijo, que habrá, según algunos doctores, por suma de treinta años, y muy agraciado, en quien estaba la sucesión prometida del remedio de la tierra y del cielo?

Allegados a la cumbre, toma el hijo su leña, y púsola sobre el altar que, tenían hecho. ¡Válame Dios, válame Dios! ¿Qué debió de sentir entonces Abraham, cuando vio que no había remedio, sino que un hijo solo que tenía, que era de él regalado y querido, no podía hacer menos de matarle? Dice: -Hijo, ven acá, que te quiero decir la cosa como pasa. Tú bien sabes que Dios no es tonto ni bobo ni hace sus cosas sin mirarlas. Tú bien sabes que te quería mucho y que tú eras mi descanso, mi regocijo. Tú bien sabes (a lo menos habrás oído decir) cómo hice tantos sacrificios por ti, y todas esas cosas. (Dilata). Dice: -Bien lo sé. -A mí no me tienes por hombre que hace locuras. Pues sabe, hijo, que manda que mueras aquí, porque es su voluntad ésta. -¿Así pasa la cosa, padre? Pues mirad, padre, bien veo que sois hombre de buen juicio y que no sois tonto ni bobo, y bien veo que sois profeta, y no os he visto hacer locuras. Y pues así es, haced la voluntad de Dios. Y porque yo soy mancebo y con la juventud y con la muerte podría ser que no estuviese tan obediente como es menester, átame, mi padre, átame. Pasa desta manera, que no bastaba cualquiera persona a atar a Isac sin su voluntad, considerando la gran vejez de Abraham y las

fuerças de Isac, que era mancebo de treinta anyos. De manera que començóle a atar, y díxole: ¡Oh hijo mío! Como me había prometido Dios que tú habías de ser mi mayoradgo, y téngolo por averiguado que tu simiente ha de poseer la tierra de promisión, aunque te veo cercano a la muerte, no puedo perder la esperanza, porque sé que Dios no puede mentir en ninguna manera. Así púsole sobre el altar, y antes que echa se mano a la espada, empezó un ángel de dar voces: «Abraham, Abraham; no más, no más. No mates a tu Isac. Ahora conozco que temes al Señor». Y en diciendo esto, vio venir un carnero por el monte, que significaba la humanidad de Cristo, sin el ánima, y Isac, [que] quedó vivo, significaba la divinidad, que, siempre quedó viva. ¿Habéis visto todo esto, necios, torpes? Decidme, ¿qué necesidad había de todo esto, si no fuera figura de otra cosa? O stulti et tardi! ¿No veis estas y otras figuras muchas, que hay en el Testamento Viejo, cumplidas en ese profeta Jesús Nazareno? Nunca jamás ninguna cosa destas se entendió perfectamente hasta que Cristo resucitó; [ni] en el sacrificio de Abraham, ni en el arca de Noé, ni [en] la salida de Egipto. No, nada, nada. Pues luego, ¿qué dudáis? No dudéis, sino que Cristo vino a redimir el mundo, a darnos exemplo de obediencia y paciencia para abrir el libro, que, hasta su resurrección nunca se abrió ni se pudo abrir. Y fue necesarísima su pasión y muerte para dar fin a las Escrituras y para cumplir con ellas, y para dar al linaje humano gloria, quam vobis et nobis, etc.

- II -

Sermón de la Ascensión

Sermo Dionisii ad Archiepiscopum Toletanum de Acensione Domini

Thema. Nemo ascendit in caelum nisi qui descendit de caelo Filius qui est in caelo.

(Ex Evangelio Joan, c. 3.)

Reverendísimo en Cristo Padre y ilustrísimo Príncipe. Quien pensase muy en hondo qué cosa es la naturaleza del hombre y de qué composición y de qué suelo, que es de lodo y de barro; y que este hombre puede estar en el cielo y sobre cielo y hollarle y pisarle, de verdad que se spantase. ¡Válasme, Dios! Que este hombre con sus pernezillas, y con sus manos y con sus pies ha de subir al cielo sobre cielo, hollar cielo y apisar cielo, de verdad es cosa grande y que spanta. Y ansí en el siglo antiguo espantó el

mundo y puso en grande admiración a los que lo oyeron, como se lee en el 4.º de los Reyes, creo que en el 2.º capítulo, de Elías que tuvo revelación de Dios que se había de apartar de la conversación del mundo; pero que no había de morir, sino venir en otra parte, que se estuviese allí hasta que viniese el Antecristo, y que había después de morir y revivir otra vez en el juicio; y esto revelóselo Dios a Eliseo, que era otro varón sancto, y el Elías decía a Eliseo que le dexase, y el Eliseo decía: Vivit Deus et vivit anima tua, non dimittam te. Por la vida de Dios y tuya, que no te dexes. Después tornó más adelante, y dízele, que quiere llegar a Gálgala, y a Jericó y al Jordán; que le esperase allí. Y respondió siempre Eliseo: Vivit Deus; no, no, ¡vive Dios! (que era manera de jurar entonces), ¡vive Dios! que yo no te dexaré. Después Elías vino a Eliseo. Dize: pídemme alguna merced, porque yo tengo de partirme agora, aunque no moriré; pero no me verás hasta el día del juicio universal. Por eso mira qué quieres alcanzar de mí. Eliseo le dixo que le pedía el espíritu doblado de profetizar y de hazer milagros. Y respondióle Elías una cosa como de donayre y como cosa destes que hazen cercos y no sé qué allá, y es cosa mística y grande y donayre divino. Mirá qué le dixo: «Si al tiempo que me partiere de ti no tuvieses miedo, ni te acobardares ni cerrares los ojos de spanto, hazerse ha lo que pides; y si no tuvieses ánimo y fueres medroso y acobardado, no se hará lo que pides». El Eliseo estaba sobre el aviso y abierto el ojo y alerta, y ansí de presto empieçaron truenos y relámpagos, y viene un carro, una cuadriga de fuego y unos caballos de fuego. Ansí lo dize el testo: Currus igneu et equi ignei. Y estando ansí los dos juntos, apaña presto de Elías el carro, y llévale por esos ayres hasta el cielo aéreo. Mirá qué pasó en esta ascensión. Mirá qué de cosas pasaron aquí. Daca los profetas, daca a Eliseo, toma a Eliseo, hax esto, hax lo otro, daca el carro y el fuego, y no te has de espantar, y no sé yo qué; y cómo se spantó el mundo della y todo aquel collegio de profetas, que, hable estonces collegios de profetas como hay aguora collegio de estudiantes. Pues en la Ascensión de nuestro Redemptor, grande por parte del que sube y, del término ad quem, que es aquel çielo Impíreo de fuego, no que dé calor sino resplandor, y que fue por cosa que nos importa tanto y en que nos va tanto, ¿no os paresçe que hay de qué spantarnos? Que la Ascensión de Elías, de la qual se spantó el mundo, fue con relámpagos, y tenemos la de Cristo que fue serena, fácil, mansa, pública, visiblemente, su poco apoco, poco a poco, bendiziendo sus discípulos, mirándolos, hablándolos, aconsejándolos, exhortándolos, amonestándolos y persuadiéndolos. ¡Oh válasmme, Dios! Mira qué tan grande fue esta Ascensión en respecto de la otra, si es suficiente la comparación, que la Iglesia católica le pone por título admirable, como quien dize: muy diferente ascensión es ésta de la que se hizo en los siglos pasados, mucho por parte de las circunstancias y de cada una dellas, y ansí dize per admirabilem Ascensionem tuam, libera nos, Domine. Que aunque la Pasión fue sumamente admirable, y la Resurección sumamente admirable; pero no les da título de admirable, sino a la Ascensión. Per admirabilem Ascensionem tuam. Mirá que admirable fue la incarnación del Hijo de Dios. Que la persona divina del Hijo de Dios supositase en sí en unidad de supósito la naturaleza humana sincerisimamente, sin mixtura ninguna, y quede ella unida con el Verbo por unión hipostática, y del Verbo se hiciese una persona sola y un uniente,

mirá qué admiráble. Pues mirá la Pasión. Un castigo el más horrible, el más spantoso, el más terrible, el más doloroso, el más trabajoso, el más penoso, que fue, ni es ni será; y, con esto, entre las mismas penas estar el que padesció, que fue nuestro Redemptor, en tantos sabores y descansos y placeres y consuelo como está a la diestra del Padre, ¿paréceos que fue admirable su Pasión? Pues su Resurrección para darse vida a sí mismo, resucitarse a sí mismo, revivirse a sí mismo por su propia virtud, y despojar los infiernos, y sacar los que quiso, y dexar los que quiso, y salir, çerrado el sepulcro, y entrar por las puertas, cerradas las puertas, y aparecer a quien quiso, y desaparecer a quien quiso, por cierto, cosa admirable es ésta. Y, con todo esto, la Iglesia sancta pone el título de admirable a la Asención, por ser cosa grande, y obra grande y importantísima al mundo, y fin y remate de todas las sumas hazañas que nuestro Redemptor hizo. Por cierto que haya bien de que spantarnos hoy y bien de que callar por ser la cosa tan grande, que digo: y aun bien de que hablar pues que tenemos nuestra naturaleza tan ensalçada hoy y tan sublimada. Yo no sé qué me haga, sino callar o no hablar de Dios, apocarme a mí, y abatirme a mí, y callar de mí y hablar de la mano de Dios, de cuyo favor y divino afiato tenemos todos neçesidad grande. La cosa es muncha. Menester hemos interçesora, que sea entre, las personas grandes la mayor después de su benditísimo Hijo, que es la Virgen sacratísima, aquella que nunca pidió nada que se le negase. Supliquémosle húmilmente a su Majestat que nos la alcance esta merced, que de verdad es muy grande y estamos necesitados de ella. Y por obligarla más a que condescienda a nuestras suplicaciones, servilla hemos con la salutación angelical, diziendo cum mente pia: Virgo, ave Maria. Ave Maria gratia plena.

La cláusola que propuse refiere el Evangelista San Juan en el capítulo tercero. Trasladada de latín en castellano suena esta sentencia: «Ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo». Bien sé que comúnmente todos los doctores leen aquel ascendit en presente, y San Agustín. También sé que por la certinidad de la cosa puede estar por pretérito, aunque esté de presente, como parece en munchas profecías, que por su certidumbre están en presente antes que acaescan; pero más viene a mi propósito que aquel ascendit esté de pretérito de su propio rigor, aunque en presente está muy bien; y también porque en el original griego está en pretérito. Así dize el griego. De manera que viene muy bien a mi propósito que esté en pretérito, como cosa ya pasada, como es verdad que es pasada. De arte que quiere dezir la cláusola: «Ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del Padre, que está en el cielo». Por cierto la cláusola es dificultosa, así a la letra, de entenderse, ya lo veis; y escrebióla sanct Juan, y escrebióla solo él entre los Evangelistas, y es de un razonamiento que hizo nuestro Redemptor con un fariseo sancto y doctor, que era maestro, varón nobilísimo y de gran autoridad, que venía, a escondidas de los judíos, a hablar a nuestro Redemptor secretamente. Así lo dize el Evangelio: Qui venit ad eum nocte. Era varón justo, y por el scándalo y por no sé yo qué, vino de noche a nuestro Redemptor. Hablóle a Jesús cosas de mucho peso y de muncha importancia. Ya digo, el capítulo donde están estas palabras lo escribe solamente San Juan, y que fue el razonamiento con un doctor sancto y amigo de Dios, y en secreto. Mirá qué sería la

plática y el razonamiento. Y entre otras razones que allí están, grandísimas, y hondísimas y profundísimas, hay ésta, que es el fundamento de la plática de hoy: *Nemo ascendit in caelum nisi qui descendit de caelo, Filius hominis qui est in caelo*. Por cierto, así a la letra, tiene bien que desmenuzar. ¿Qué quiere dezir «ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo»? Si está en el cielo, ¿cómo descendió del cielo? Y si está en el cielo, ¿cómo subió al cielo? Todo lo hinche, todo lo abarca, todo lo ocupa, todo lo manda, a todo está asistente. Y por eso, porque no pensemos que el subir y baxar fue a la manera del subir de acá y del baxar de acá, dice más ahí: «que los que están en el cielo», que esta palabra *qui est in caelo* fue la glosa desto, para que entendiésemos de qué ascensión y de qué descensión hablaba. Mirá de qué arte fue esta subida, que ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. De manera que no fue subir como quien sube por escalera, ni fue descender como quien descende por escalera. El descender de Dios fue anichilarse y apocarse y abatirse y humillarse. *Exinanivit semetipsum formam servi accipiens in similitudinem carnis peccati et habitu inventus ut homo, factus obediens usque ad mortem, mortem, autem crucis*. Este fue el baxar, terminar nuestra humanidad y supositarla en sí, y unirla a sí en unidad de supuesto, sin mixtura ninguna, y sin mescla y sin amasamiento ninguno, y hazerse menor que el Padre, en cuanto hombre. Este fue baxar. Ansí plantó la Iglesia, hecho hombre, y quedó por cabeça del cuerpo místico, que son todos los que se han salvado y se salvarán, y ansí ninguno entró en el cielo, sino el que baxó del cielo, Él o qualquiera que fuere místico inxerto en Él, en su cuerpo por fe, y speranza y charidad. Y quien ansí no subiere allá, no espere de subir, y éste que descendió es verdad que condescenderá. Deste arte está en el cielo, Dios de todos, y Señor de todos y presente a todos. *Qui solem suum oriri facit super bonos et malos et pluit super justos et injustos*. Luego, señores, averiguado queda que ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo; ninguno subirá si no estuviere inxerto en el cuerpo místico de Cristo, ni es posible subir al cielo, sino el que descendió del cielo. Mirá que digo que no es posible subir al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo, y el hombre, que estuviere inxerido en el cuerpo místico, cuya cabeça es éste que está en el cielo. ¡Oh, válasme Dios, qué cosa es esta para spantar, y para animarnos y para comovernos a cosas grandes! ¡Que no repugne al cielo tener tierra sobre sí, sino que le sea natural! ¿Qué somos sino cuatro spuertas de tierra? ¡Y que su propio movimiento de la tierra sea yr hacia abaxo, y que su movimiento violento sea ir hacia riba, y que haya hecho Dios a la tierra que le sea natural, ir hacia riba, y subir sobre el agua, y subir sobre el aire, y subir sobre el fuego, y subir sobre la luna, y sobre Venus, y sobre el Sol, y sobre Mercurio, y sobre Júpiter, y sobre Saturno, y sobre las strellas, y sobre ese orbe, y esotro y esotro, Pasta llegar a ponerse en el cielo Impíreo! ¡Y que me sea natural subir al cielo, y pisarle y hollarle! ¡Oh, hombres! Abrí los ojos, mirá que podéis ya pisar cielo; mirá que no hay repugnancia ninguna ya en la subida; pensá de subir, que ya natural es. Llamo que natural es, no porque sea natural a la naturaleza humana *secundum quod est natura humana*, sino ya en cuanto es

glorificada. Y así a la naturaleza ya glorificada, naturalísimo le es y no violento pisar el cielo y hollarle. Y así, teniendo nuestro Redemptor los quatro dotes de agilidad, y subtilidad, y claridad y impassibilidad, digo que fue muy natural a su sacrosancta humanidad subir sobre todos los cielos y subir sobre todos los ángeles y sobre los más altos serafines. Y aun pongo esta proposición: que haría Dios injusticia en no sublevantar la humanidad, de tal arte dispuesta, a pisar cielo. Torno a dezir que quedara Dios por injusto a no dar a la humanidad de nuestro Redemptor, ya glorificada, subir a hollar cielo. Aguora lo dixi: y aun lo digo: que no solamente a la humanidad de nuestro Redemptor, ya glorificada, le fue dado por justicia subir sobre los cielos; pero que haríe Dios sinjusticia con qualquiera de nosotros, si no nos diese subir sobre los cielos, estando nuestra humanidad deste arte dispuesta, porque, como digo, naturalísimo [es] a la tierra, de tal arte dispuesta, subir sobre los cielos, y naturalísimo es al cielo estar debaxo de la tierra, desta arte dispuesta, y hollado de la tierra, y pisado y acoçado. Y así, aunque no es natural a la naturaleza humana en quanto tal, es natural en quanto humana naturaleza y glorificada qual es aguora.

El alma no puede hacer todo lo que quiere por estar impedida en el cuerpo que informa. Quiere ir el alma a estar en Roma, hale de costar dos meses de camino, y aun después llegará, si llega, rebramando y cansado y molido. Quiere ver el alma lo que se hace en Toledo, y en Francia, y no puede; que dize el cuerpo que no puede ir allá para vello. Quiere el alma entrar por una puerta cerrada, por no ser sentido y dize el cuerpo: «Señora ánima mía, perdóná, que yo no puedo hacer eso. Hacéme vos un agujero, y abríme la puerta, y yo entraré». El alma está atada aguora en el cuerpo, y ligada con él, y anudada con él y acordada con él. Ha de haber paciencia a que se cumplan las leys del cuerpo, tanto que munchas vezes haze el cuerpo al alma andar a su sabor y hazer lo que él quiere que se haga. Pero quando está la humanidad nuestra glorificada, todo lo que quiere el alma se hace; y si quiere el alma estar en Roma, luego está el cuerpo en Roma; y si quiere estar en París, luego está el cuerpo en París; y si quiere el alma estar en Toledo, luego está el cuerpo en Toledo; y si quiere ver lo que se haze en Francia, luego [lo] ve. Y así, glorificado ya el cuerpo, está subtilísimo al alma y es muy conforme a la razón; y lo que el uno quiere, quiere el otro, que es esta una armonía dulcísima, y una consonancia divina y una música de alma y cuerpo bien acordada, sin rebelión ninguno, sin contrariedad y sin contradición, sin zozobra, sin pesadumbre ni molestia alguna, hace el cuerpo lo que quiere el ánima. Y así estuvo el cuerpo de nuestro Redemptor y su bendítisima carne subjectísimo a su alma; aunque no entraba, cerradas las puertas, hasta que resucitó, y estaba glorificada ya la carne. Y así parece después de resucitado, gloriosísimo, hermosísimo, clarísimo.

Imaginalde, por charidad, qual estaría entonces. ¡Qué reverendísimo, qué auctorizadísimo, qué gloriosísimo, qué delicatísimo, qué hermosísimo, qué resplandesciente, qué elegante, qué dispuesto. Imaginalde, señores, sapientísimo, poderosísimo, rectísimo, justísimo, misericordiosísimo, clementísimo, benignísimo, piadosísimo, ilustrísimo, beatísimo, bonísimo y sanctísimo; los ojos sanctos, las narizes sanctas, las orejas sanctas, las cejas sanctas, los labios santos, los dientes sanctos, la lengua

sancta, las manos sanctas, los brazos sanctos, las piernas sanctas, los pies sanctos, el cuerpo sancto, los dedos sanctos, las uñas sanctas, la cabeça sancta, los cabellos sanctos; todo glorioso, todo glorificado, todo beato, todo sancto, todo divino. Plega a la divina majestat que nos dé a sentir esta cosa y a pensar esta cosa para que sepamos enamorarnos de Dios. ¡Válasme, Dios! ¿Qué sería ver a Dios? ¡Válasme, Dios! ¡Válasme Dios! Y verle deste arte en la tierra, ágil, sutilísimo, claro, impasible, inmortal, incorruptible, con ser hombre y verdadero hombre de nuestro metal, de nuestra masa, de nuestra condición, de nuestra naturaleza, de nuestra complexión; aunque mejor, de nuestra ralea, de nuestro saco, de nuestra madera». Mirá qué sería su claridad y su resplendor, que allá antes que resucitase quiso mostrar a aquellos sanctos la specie de su gloria, y los llevó [a] aquel monte alto, apartado, y muy en secreto, y les apareció blanquísimo y fulgentísimo y gloriosísimo. Se empeçaba ya San Pedro a emborrachar con aquello, y no quería más de aquello, y reposaba con aquello, y no quería ya más, ni buscaba ya más, ni pedía ya más, ni deseaba ya más, ni amaba ya más. Estaba ya cebado, y contento y harto, tanto que quisiera para siempre estarse allí con nuestro Redemptor, de aquella manera, y aun lo ponía ya por obra y lo puso en plática, aunque no salió con ello, porque no le cumplía a él salir con ello, que le hizo Dios misericordia en no darle esto que pedía y deseaba. Si lo puso en plática u no, miraldo. Dize: «Señor, bien estamos aquí, no nos vamos de aquí, quedémonos aquí, que a mí media choça me basta. Hagamos, Señor, aquí tres tabernáculos, tres choças, tres tiendas, tres moradas: una para vos, y otra para Elías y otra para Moyses». Como quien dice: Señor, háganse estas moradas, que yo en una dellas me entraré. Harto hay en una para dos; la media me basta a mí y aun no ninguna. Véaos yo, Señor, así siempre, que no quiero más, ni ando tras otra cosa; sólo esto me contenta y me harta y me regozija. Hagamos, Señor, aquí tres choças, si le parece a vuestra merced, que bien bastará. Harto hay, estémonos aquí. ¡Ah Pedro, Pedro! Ya pensáis que está hecho; no pensáis que ha de haber más. Ansí ha de ir la cosa. Ya estáis çebado, Pedro. Pues esperá un poco. Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum? Ahora dexemos esto para cuando hablemos de Sanct Pedro, que hay harto aquí que decir, en verdad. Quédese, quédese.

De manera que nuestro Redemptor, ya glorificado y glorioso, determinó de subirse al cielo. Para ello sacó a sus discípulos fuera de la çiudad en proçesión, y hablólos, y predicóles, y aconsejóles, y amonestóles, y persuadiólos, y confortólos, y abraçólos, y bendíxolos, y súbese como en blandezas poco a poco, poco a poco, y ellos elevados mirándole, y él bendiziéndolos y consolándolos y alegrándolos. ¡Oh, válasme Dios! ¡Oh, válasme Dios! ¡Qué cosas pasaríen allí y qué requiebros entre la Madre de Dios y el Hijo de Dios! ¡Qué consuelos, qué regalos, qué mirarse el uno al otro, qué bendeçirse el uno al otro, qué solemnidad, qué alegría, y qué tristeza, qué lloros y qué risas, qué milagros de ver subir ansí a un hombre por esos aires, así con sus pies y con sus manos y con su cabeça. Imaginaldo, por charidad. ¡Qué cosa sería de ver tan spantosa, y tan milagrosa y tan divina! ¡Oh, cómo lo dize san Agustín! ¡Válasme Dios! Mirá cómo encaresce esta Ascensión. Mirá que dize. (Aquí dixo una cláusola grande). Más es ésta de pensarse allá en la cámara, de verdad, que no de

hablarse; y quisiera yo tener lugar para decir lo que creo yo que, allí pasaríe y el cómo fue, que es materia dulcísima y sabrosísima; pero no hay hoy, señores, lugar. Quedarse ha para otro año, si Dios quiere, o para cuando habláremos de esta fiesta. Solamente quiero que veamos hoy brevísimamente qué es la causa, por qué Dios aceleró tanto su Açension, y quiso que fuese tan breve después de la Resurrección. Y dan los doctores causas bonísimas, y sanctísimas y munchísimas. Y creo yo que toda la importancia y el negocio dello está en una causa que yo daré, y no diré más.

Ahora, ¡sus!, hablemos un poco [a] nuestro Redemptor. Señor, dad acá. ¿A qué os queréis partir ahora? Que no nos parece que conviene, ni conviene tampoco para hacerse bien aquello sobre lo qual venistes vos al mundo. Vos, Señor, habéis dado una ley al mundo y habéis sembrado una doctrina sancta, una doctrina justa, una doctrina suavísima para quien bien la conosçe; pero es doctrina la más nueva al mundo y más a prospelo del mundo que se puede pensar. Vanos la vida en que entendamos esta cosa y estamos los más hinchados y aun los más usados del mundo a hacer lo contrario. No hay quien se atreva a persuadir la gente. ¡Oy, oy, válasme Dios! ¿Quién la persuadirá a la gente, que está la más ex diametro oposita a vuestra doctrina que se puede imaginar? ¿Quién la persuadirá? ¿Quién la pregonará? ¿Quién la predicará? ¿Quién la renovará? ¿Quién meterá la mano en ella? Ahora sois vos, Señor, menester muy mucho para persuadir al mundo y para dexar esta vuestra doctrina siquiera sembrada. Quedaos, Señor, acá siquiera unos tres años, y estaréis el uno en África, y el otro en Asia y el otro en Europa. Que quede noticia desta doctrina, y que quede algo sembrada siquiera. Y ya que haya de ser esta cosa por fuerça de braços, somos pocos y de baxo suelo; los más gentes inerme y pobres. ¿Cómo meteremos sacomano al mundo, y cómo meteremos a cuchillo toda esa gente adúltera, y fornicaria, y usurera, y logrera, y tramposa, y homicida, y rebelde, y cruel, y hazañadora y bellaca? Para haber de ir la cosa por grados, muy mejor lo haréis vos, Señor, que nosotros. ¡Ah, Apóstoles míos! ¡Ah, discípulos míos! No penséis que ha de ir la cosa a fuerça de braços, que toda mi pasión, y mi muerte y mis merescimientos son para dar salud y salvación a todos los que quisieren guardar mi doctrina; pero no bastan para sanar a quien no quisiere ser sano. Si no, pongo una proposición: que no es poderoso Dios para hacer que su Pasión me salve, si yo no quiero ser salvo; si quiero yo, sí; si no quiero yo, no, porque Dios quiere nuestro sí o nuestro no. Torno a decir que Dios es impotente para salvarme a mí, si yo libérrimamente no quiero ser salvo, porque no me puede hacer fuerça, salvo habiéndome dado libertad libre y albedrío libre para que yo lo quiera. Y así dize el psalmo: Calix in manu Domini vini meri plenus mixto et inclinabit ex hoc in hoc; veruntamen fex eius non est exinanita. Bibent omnes peccatores terrae. Mirá que no dice darles [he] con el cáliz a los pecadores para que beban, sino dice: los pecadores beberán, ellos han de querer tomar el cáliz, ellos le han de tomar, ellos le han de querer beber el cáliz, y ellos mismos le han de beber, si quisieren que les aproveche la bebida. El cáliz en la mano de Dios está para que caiga en este y en estotro, y sus hezes no están agotadas, y beberán dél todos los pecadores de la tierra que quisieren. Bibent omnes peccatores terrae. ¿Habéisme entendido? Yo creo que me habéis entendido, si habéis querido entenderme.

De arte, Señor, que esta cosa no ha de ir a palos ni por fuerza, sino libérrimamente. Pues bien será, Señor, que vos la persuadáis un poco de tiempo, siquiera tres años. -¡Oh, discípulos míos! ¿Y no veis que me es a mí muy decente que me parta? -Señor, decentísimo es, por cierto, que no es razón que vuestro cuerpo gloriosísimo, y glorificatísimo y incorruptible esté en lugar corruptible, y hediondo y sucio. Mirá qué tanto, que no es tan indecente el más sucio y el más hediondo establo para aposento de un príncipe, quanto es el más illustre capitolio de Roma ni de todo el mundo para en que nuestro Redemptor pose, sin comparación ninguna. Dicho creo que lo he (así es, así es) que es más honroso aposento para el rey el más deshonorado establo, que el más honrado palacio real para Cristo. Dicho lo he. De manera que es decentísimo que nuestro Redemptor esté allá en el cielo y no en este establo de acá baxo. Pero, Señor, mire vuestra Majestat que aunque esto sea así, como es verdad que es así, que nos va la vida eterna de ser persuadidos de vuestra Majestat, y veis lo que va. Quedaos, Señor, un poco de más tiempo entre nosotros. ¡Oh! Ahora, ¡sus!, bien será declararos por qué me voy o lo que os va en que yo me vaya. Oíme: *Exedit vobis ut ego vadam, si enim non abiero Paraclitus non veniet ad vos, et cum venerit arguet mundum de peccato, etc.* Vaos la vida a vosotros en que yo me vaya, porque si no me voy, no verná el Spíritu Sancto a vosotros; y si me voy, invarios he el Spíritu Sancto a vosotros; y quando este Spíritu Sancto viniere, yo os digo de verdad que argüirá al mundo de pecado, y de justicia y de juicio, y enseñaros ha toda la verdad, y declararos ha todo quanto yo os he dicho. ¡Oh palabras spantosas, oh palabras divinas, oh palabras grandes, o palabras preñadísimas y importantísimas y misteriosísimas! ¿Cómo, Señor, qué es esto? ¿Qué quiere decir «vaos la vida en que yo me vaya, porque, si yo no me fuere, el Spíritu Sancto no verná a vosotros»? ¿Cómo, Señor, y vos sois estorbo a el Spíritu Sancto, o pugnáis ex diametro vos y el Spíritu Sancto? ¿No cabéis en un saco vos y el Spíritu Sancto? ¿Vuestra benditísima humanidad es embaraço para que el Spíritu Sancto venga a nosotros? Ella fue fabricada por sus manos, y no hubo cosa en que Él más se holgase, ni la habrá, ni la puede haber, como es vuestra sacratísima humanidad. ¿Qué es esto, Señor, que no quepáis los dos juntos? Allá Dios y Belial, Dios y el diablo, Dios y el mundo, Dios y los pecados no caben; pero Cristo y el Spíritu Sancto ¿cómo no caben? ¿Por ventura, Señor, queréis vos algo que no quiera el Spíritu Sancto, o el Spíritu Sancto quiere algo que vos no queráis? No hube cosa más [conforme] con su voluntad del Spíritu Sancto, ni es posible haberla, que Jesucristo. Él fue el que más le agradó en quanto hombre; que en quanto Dios, iguales son y una misma esencia son. Él fue el que más le amó, el que más le obedesció, el que más le honró. Pues ¡válame Dios!, ¿qué es esto?, ¿cómo está aquí esto?, ¿cómo se compadece esto? No le agradó nadi tanto, ni le complació nadi tanto a el Spíritu Sancto, como nuestro Redemptor le agradó, ni hubo nadi a quien el Spíritu Sancto honrase tanto que viniese sobre su cabeça visiblemente en figura de paloma, como hizo a nuestro Redemptor. Mirá qué magnífica honra, y qué grande y qué illustre, abrirse los cielos y baxar el Spíritu Sancto a ponerse visiblemente sobre la cabeça de Jesu Christo. Y óyese una vox desde el çielo en esos aires grandísima, y articuladísima y altísima y clarísima, que fue un testimonio verísimo y rectísimo y de gran majestat. Oí esto, que no penséis que fue

así este testimonio como quiera, sino que habéis de creer, como es verdad que es así, que fue la cosa de mayor alteza y de mayor divinidad, y de mayor majestat y de mayor autoridad que se dio testimonio en el mundo. Mirá quién le daba (con quien me entiende hablo); mirá, señores, quién daba el testimonio, y de quién se daba, y cómo se daba, y a qué propósito se daba, y el porqué, y el para qué, y lo que importaba, y veréis lo que fue y qué montó el testimonio de hoy, en que fue una carta de crédito de Dios al mundo de su Hijo propio y natural. Oí: Hic est Filius meus in quo mihi bene complacui. Ipsum audite. ¡Ah mortales, ah hombres, ah vellacos, ah buenos, ah sanctos, ah no sanctos, ah justos, ah no justos, ah pecadores! Veis a mi Hijo muy amado de mí, de mi substancia, igual a mí, coeterno conmigo, bonísimo como yo, sapientísimo como yo, poderosísimo como yo, justísimo como yo, Señor como yo, Dios como yo. Miralde, hombres, de vuestra ropa, de vuestra librea, de vuestro talle, de vuestra masa, de vuestra naturaleza. Miralde ya hecho compañero vuestro y hermano vuestro. Es tan gran persona, que es Hijo mío. Quiédeos tanto, que va a morir por vosotros. Quiere a mí tanto, que en ninguno me agradé ni me agrado ni agradeceré tanto como en él, sin comparación alguna. Miralde, mortales; no digáis que no os aviso. Creé que es tal que le podéis bien dar crédito a lo que dixere. Amalde, servilde, obedecelde, oilde, seguilde, reverencialde, tomá su doctrina, guardá sus palabras, imitá sus obras, confiaos dél, dalde crédito, que os va la vida en darle crédito; oilde, ipsum audite, oilde, oilde. ¡Oh, válasme Dios, qué testimonio, válasme Dios! Ipsum audite. ¿Paréceos que le honró aquí el Padre Eterno y el Espíritu Santo, y que los sirvió él, en quanto hombre, desde el instante de su concepción hasta la muerte, y que nunca los desagradó ni en un cabello, y que fue imposible desagradarlos? ¡Y que diga aquí nuestro Redemptor, con ser todo esto que he dicho verdad, como es verdad que es verdad: «Vaos la vida en que yo me vaya de vosotros y que personalmente me absente porque, si yo no me voy, el Espíritu Santo no verná a vosotros»! ¿Qué enemistad, más qué amistad, es ésta que hay entre Cristo y el Espíritu Santo? ¡Y que no quepan en un saco los que más han cabido en un saco, y los que más es posible caber en un saco! Plega a la divina majestad que sepa yo decir esto; plega a Dios.

Mire vuestra Señoría Reverendísima: No se dice aquí que cumple partirse nuestro Señor para que venga el Espíritu Santo (porque, a no partirse, no vendrá) porque repugnen los dos juntos y estar el uno a do está el otro; y no se sigue que a do está el uno ha de estar el otro; pero porque la humanidad sacratísima de nuestro Redemptor tiene tan abobados a los discípulos que los tiene absortos y enamorados della y embarazados en ella, y, como hartos y contentos, paraban en ella, y no pasaban adelante a calar lo divino y a minarlo y pensarlo, y ansí, aunque no por parte del Espíritu Santo ni de Cristo proviniese impedimento, habíale por parte de los discípulos, que paraban solamente en la humanidad. Y en esta segunda manera, que es quoad discipulos Christi y quoad nos, no caben en un saco la humanidad de Cristo y el Espíritu Santo; y ansí, para que no se cebasen los discípulos en la humanidad, sino que anhelasen a la divinidad, y para despertarlos y avivallos más, fue menester y mucho menester que se les quitase la humanidad de nuestro Redemptor, en quien tanto se cebaban, delante los ojos; y ansí los discípulos de su parte, por parar en la

humanidad, se embaçaban de parar en la divinidad. Y ansí, quanto a ellos, y por su causa de ellos, se sigue que no estén en un saco el Spíritu Sancto y la humanidad de Cristo, porque no sabíen usar de la humanidad de nuestro Redemptor, como era menester y hasta donde era menester; y ansí fue necesarísimo, utilísimo, importantísimo a ellos y a nosotros que se la quitasen delante los ojos. Pues dad acá, señores. Si por la causa que tengo dicha no cabíen la humanidad de Cristo y el Spíritu Sancto en un saco, ¿cómo cabrá con el Spíritu Sancto la soberbia, cómo cabrá la avaricia, cómo cabrá la luxuria, cómo cabrá la ira, cómo cabrá la gula, cómo cabrá la invidia, cómo cabrá la pereza, cómo cabrá la negligencia, cómo cabrá el descuido, cómo cabrá la tibieza, cómo cabrán nuestras bellaquerías, cómo cabrán nuestros pecados, cómo cabrán nuestras maldades, cómo cabrán nuestros adulterios, cómo cabrán nuestros robos, cómo cabrán nuestros hurtos, cómo cabrán nuestros latrocinios, y nuestras rapiñas, y nuestros juegos y nuestras trampas? ¡Oh, válasme Dios! Por cierto que es verdad que me spanto de ver el engaño que tenemos hoy en el mundo todos: que haya venido la cosa a que nos hayamos persuadido a nosotros que caben en un saco Dios y nuestras hipocresías. Cata que es la cosa más donosa del mundo. Que venga un hombre a persuadirse a sí mesmo que pueda Dios caber con un pecado, y que se tenga uno por muy sancto; y que diga que es eso: «que ni yo mato, ni robo, ni quiero mal a nadie, ni soy jugador ni desuellacaras; pero otros habrá en el mundo peores que yo. Lo más, más que tengo yo a mi parescer es ser dado un poco a cosas de carne». ¡Oh diablura grande y hediondez grande, que pienses tú que ha de caber Dios en tu alma y tu luxuria! ¡Jesús, Jesús! Es un engaño manifiesto que anda hoy en el mundo. Que vendrá un logrero, un diablo desuellacaras, robador de la de su próximo, un tramponazo, usurero, revendista y trampista, y dize que no perderíe la misa cada día por quanto hay en el mundo y que no se le pasase sermón que no oiga, y que cada fiesta está en vísperas, y piense por esto que no hay mal ninguno en él, y se compadesce muy bien esto con lo otro, y estáse ansí engañado, que nunca se mejora; que vive en aquello y muere en aquello, y aquello piensa que le basta. Y vendrá otro beatoro y otra beatora y pensará que por estarse tres horas de rodillas, y por roer las paredes, y por comer los sanctos, y roer las imágenes, que, aunque sean pecadores, que los basta aquello; y piensan que están bien con Dios, y en aquel estado se quedan toda su vida, sin pasar adelante. ¡Ah pecador de mí, qué engaño tan grande, señores! Que no cabe Dios con el mundo, sino que es querer medio Dios y medio mundo. No se compadesce el Spíritu Sancto y el pecado en ninguna manera, ni es posible compadescerse. Todo lo malo se ha de renunçiar, todo pecado se ha de dexar, para que el Spíritu Sancto venga a nuestras voluntades, porque se las hemos de dar libremente, y libremente limpias, y libremente dispuestas; y ansí, en el baptismo dicen a los niños: Abrenuncias Satanae?, y respondéis: Abrenuncio. Y luego dice: et omnibus operibus eius? -Abrenuncio. «Reniego del diablo». Adelante. «Y reniego de todas sus obras». Luego ninguna de ellas se compadesce con Dios. Y las obras son los pecados. Luego los pecados no se compadescen con Dios. Así es la verdad, que ninguno ni todos ni ninguno dellos se compadescen con Dios, ni se pueden compadesçer, ni es posible compadesçerse. Y mientras estos pecados tuviéremos, no nos espantemos que venga cada día a la puerta ese turco y

ese Barbarroja y esos diablos y rabiosos canes, que dicen que vienen con cien mil peones y ciento y cinquenta y cinco mil de caballo; que, de verdad, si nosotros quitásemos estos turquitos de entre nosotros, que fuese uno de nosotros para diez dellos. Y no digáis «spanoles somos», y no sé qué; que de verdad, que si no somos buenos, que no sé lo que Dios permitirá. Por eso procuremos de echar de nosotros nuestros pecados, porque no permita Dios que los turcos maltraten a los cristianos turcos, que están de nombre cristianos y de obra turcos. Y así su Señoría Reverendísima, como persona de excelente consejo y juicio, considerando lo que va en esto, ha mandado que en todas las iglesias, como es Primado de las Españas, se diga en la misa una rogación a Dios para que entre tanto lloremos nosotros nuestros pecados, y supliquemos a Dios que nos perdone, para poder así muy mejor y más fácilmente vencer a los turcos, y a los moros, y a los judíos, y a los herejes, y para vencer al dimonio y a nosotros mismos; para que la fe sea ensalçada y sublimada y para que Dios servido, y obedesçido, y amado y reverenciado; y para que nosotros no vivamos como a sombra de tejados, sino que miremos por nuestra salud y supliquemos a la divina majestat que nos oya, y nos ayude, y nos favorezca, y nos dé su grada y su gloria, ad quam nos perducatur misericordia, Iesu Christi per infinita saecula saeculorum. Amen. Finis sermonis.

- III -

Sermón de Pentecostés

In Die Sancto Pentecostes

Terra mota est etenim caeli distillaverunt a facie Dei Sinai, a facie Dei Israel.

(Ps. LXVII, 10.)

Reverendísimo, y Ilustrísimo Príncipe y Patriarca nuestro. La Santa Madre Iglesia celebra hoy la promulgación y profesión de todo el género humano, y es muy gran fiesta, y es la mayor que fue ni será, y de verdad grande. Celebra la venida del [Espíritu] Sancto sobre los Apóstoles, la venida del Espíritu Sancto a la tierra, porque, aunque [a] los Apóstoles les estuviere guardado y les estuviere dado otra vez; empero aquello fue para otra cosa, y lo que celebra la Santa Madre Iglesia hoy fue para otra. Cristo Nuestro Redemptor, después que resucitó, visitó algunas veces a sus discípulos, y entre las que les visitó, la una fue cuando visitó al discípulo incrédulo. Y esta vez fue la que dixo: Accipite Spiritum Sanctum, quorum remiseritis peccata remittuntur eis, et quorum retinueritis

retenta sunt. Tomad el Espíritu Sancto, para que el infierno os obedezca tragando y atormentando a los que no recibieron perdón de sus pecados, para que el cielo os obedezca, así mesmo, para recibir [a] aquellos que tuvieren perdón recibido de sus pecados.

Esta manera de recibir el Espíritu Sancto los Apóstoles no fue como la que celebra hoy la Sancta Madre Iglesia, sino otra. Que ésta que hemos dicho es invisible; pero estotra visible. Fue de muy diferente manera, en comparación de esta otra, porque esta otra venida del [Espíritu] Santo era muy necesaria para confortar los ánimos de los Apóstoles, para que no temiesen a Roma, Capitolio, ni Senado; para que no temiesen a Grecia, para que no temiesen a Asia, ni a Europa, ni nada desto; para que promulgasen y pregonasen el Testamento Nuevo, así a los sabios como a los necios, así a los doctos como a los indoctos, así a los buenos como a los malos; para que diesen, sin ningún temor, a entender la ley evangélica, dando doctrina cristiana. Y esto no se podía hacer, si las ánimas de los discípulos no se animaban más. Porque aunque ellos hasta entonces tuviesen gracia, había de ser para alumbrar nuestros entendimientos, para que los que [nos] habían de predicar a nosotros no tuviesen alguna enfermedad o flaqueza; para que no fuesen temerosos, ni temiesen la muerte o el cuchillo. La primera manera de dar el Espíritu Sancto fue un soplo de Cristo Nuestro Redemptor, una manera de dar el Espíritu Santo invisiblemente; pero esta otra había de ser una manera nunca antes vista, nunca antes oída, nunca antes pensada, nunca antes imaginada, y habla de ser para avivar las lenguas de los discípulos, para avivarles los oídos, para avivarles los sentidos, para que en ninguna cosa fuesen torpes, que tocase a su oficio.

Esto que os he propuesto es lo mucho que celebra la Sancta Madre Iglesia, y, para declararlo, había de ser yo mucho; y habíades de ser vosotros mucho, para entenderlo; yo mucho, para decirlo. Pero a vosotros os falta mucho para lo mucho que habíades de ser, y yo no soy nada para lo mucho que tenía de ser. De manera que para esto es menester gracia, y gracia que sea mucha. De manera que esta cosa se ha de cumplir por añadiduras. Pues supliquemos a la divina Majestat que añada y supla con su gracia lo mucho que nos falta, y nos favorezca y nos ayude para que todos seamos mucho para decir esto mucho, y porque más fácilmente lo podamos alcanzar, supliquemos a la altísima Reina de los ángeles nuestra Señora, Madre de Dios, quiera favorecernos en tal necesidad. Y porque más condescienda a nuestras suplicaciones, serviremosle con la salutación angélica, diciendo: Ave María.

Terra mota est, etc.

Estas palabras, que he tomado, están escriptas en los himnos divinos. Vueltas de latín en romance, quieren decir: «La tierra tembló delante de la cara del Dios de Sinaí, delante de la cara del Dios de Israel, y los cielos destilaron una lluvia de voluntades». Movióse la tierra, y no delante de quien quiera, sino delante de la cara del Dios de Israel. Los cielos destilaron, gotearon una lluvia de voluntades. Llovió el cielo. No hemos de entender de los cielos aéreos y corpóreos, sino de los otros cielos. Allá los que sois doctos sabréis cómo es muy denso aquel cielo y de qué manera es. Allá me remito a vosotros. Agora, pues, dice, llovieron los cielos, destilaron los cielos. Este vocablo destilaron los cielos tiene, en sí grande énfasis.

Imaginad-ahora una sala muy grande, imaginad una bóveda de alambre, una bóveda in perpetuum durable, de manera que sea bóveda que nunca se pueda llover sin gran misterio. Si se hiciese una gotera en esta bóveda de alambre, una cosa tan densa, una cosa tan durable para siempre, de tanta fuerza... ¡Válame Dios, lluévese la bóveda! ¿Que es posible que se pueda llover? Dice: «No os maravilléis, que esta lluvia ha sido la mejor que nunca ha sido ni habrá, una lluvia antes figurada; mas una lluvia nunca pensada. De manera que no os habéis de maravillar, aunque se llueva la bóveda, que es de acero, que es muy recia; no os maravilléis, que os hago saber que tembló la tierra cuando esta lluvia vino. Así, ¿movíase la tierra? Válame Dios, y ¿por qué tembló la tierra? Yo os lo diré: por una cosa muy necesaria, por una cosa que era mucho menester: tembló [delante] del Dios de Sinaí, delante del Dios de Israel. Esta venida del Sancto fue figurada en el Testamento Viejo, porque el Pentecostés que los judíos celebraban no era nada, era sombra en comparación deste otro Pentecostés. Celebrábanle sesenta días después que celebraban la fiesta de la salida de Egipto, que fue figura de nuestra redempción. Dexo, agora esto. Y fue escripta aquella redempción del pueblo, la cual se muestra en aquella salida de Egipto, en muy alto estilo, por cierto (ya creo que lo he dicho otra vez), un estilo muy heroico, un estilo muy profundo: In exitu Israel de AEgypto, domus Jacob de populo barbaro. Facta est Judaea sanctificatio eius, Israel potestas eius. Mare vidit et fugit Jordanis conversus est retrorsum. Montes exultaverunt ut arietes, et colles sicut agni ovium. Quid est tibi, mare, quod fugisti; et tu, Jordanis, quia conversus est retrorsum? Montes exultastis sicut arietes, et colles sicut agni ovium. A facie Domini mota est terra, a, facie Dei Jacob.

Pues hablaremos primero deste, que espantará, de verdad, y después diremos deste otro, que celebra hoy la Iglesia, y no parecerá nada [aquel] en comparación deste otro. Porque el otro, en comparación deste otro Pentecostés, no es sino una nada. Mucho fue en su tiempo y en mucho fue tenido; pero, en comparación deste otro, no es tantico como de aquí allí. Agora, pues, vengamos a este primero. En la salida de Egipto, dice el salmo, huyó el mar. -Ven acá, mar, que tragas los hombres, mar horrendo, mar espantoso, mar de quien todos temen, mar de quien todos huyen, ¿cómo huiste? ¿Quién te hizo cobarde a ti, con quien todos son cobardes? ¿Quién? -Yo no sé nada: allá lo preguntad al [Mar Bermejo], que él os dirá lo que es. -Ven acá, Mar [Bermejo]. ¿Cómo te partiste en dos partes, y te hiciste camino para que pasasen los hijos de Israel? ¿Cómo, después de pasados, tragaste tan gran ejército de gente, a Faraón y a todo su ejército? -No me preguntes nada: allá me remito al río Jordán, que lo sabrá. -Pues ven acá, río Jordán. ¿Cómo ha sido esto? ¿Cómo tornarte hacia atrás? ¿Por qué dexaste de correr como solías? ¿Por qué volviste las espaldas? ¿Hubiste miedo? Dice: -No me preguntes nada: allá lo pregunta a la tierra. Moviósela tierra, y huyó el mar: movióse ella, y ¿no había yo de hacer algún movimiento? -Ven acá, tierra. ¿Qué te movió a hacer esto? ¿Por qué te moviste? El desierto que nunca fue pisado hasta allí, agora lo heriste camino a los hijos de Israel para ganar la tierra de promisión; la piedra, en la gran sed que hubieron, dio de sí agua; las aguas amargas se tornaron dulces. Aquella alegría que tenían aquellos judíos, cuando ganaban aquellas cibdades, gran movimiento fue. Aquellas batallas de Josué, gran

movimiento fue. Aquella tristeza que tenían los gentiles, cuando eran vencidos, [gran movimiento fue]. Terra mota est. Moviósse la tierra. Gran movimiento fue todas esas cosas que los sagrados libros recuentan muy heroicamente. Sí, terra mota est, moviósse la tierra. Gran cosa es ésta haberse movido la tierra. Dinos, tierra, ¿por qué te moviste? Que ya lo que el río Jordán hizo no parece que es tanto, porque parece que no dexó de correr para atrás ni para adelante: como quiera que sea, él corría. -¿Cómo me moví? No sé; allá se lo preguntad al cielo, que él os dirá cómo ha sido, pues que él también se ha movido. -¿Sabéislo vos, tierra, que se ha movido el cielo? ¿Es cierto eso? -¿Quien nunca vio llover pan amasado y codornices, un pan bueno, comestible, con su sal y todo? Eso caeli distillaverunt. ¡Ah!, ¿que se ha movido el cielo también como la tierra?, ¿que ha destilado, que ha dado muy grandes señales de sí?, ¿cuándo fue? [Cuando] aquel dar de aquella ley a Moisés y toda esa cosa. Imaginad ahora que estáis allí, sí. Venía Moisés y hablaba con un ángel, enviado en lugar de Dios, y decía a Moisés: -Mira que has de venir a tal día y a tal hora; y subirás a aquel monte, y harás esto y esto. -Bien. Fue Moisés, y mandó llamar a los más ancianos del pueblo, y díxoles lo que pasaba: cómo había de ir al monte y cómo no había ninguno de llegar al monte, so pena que morirían luego malamente apedreados. Luego dixeron todos que era muy bien: Hágalo así Vuestra Reverencia o Vuestra Paternidad o Vuestra merced [o como] le llamaban entonces. Que vaya solo y no vaya ninguno con él. Bien, adelante. Fue Moisés al monte y aguardó allí. ¡Oh, Señor! Y cuando no se cata, he aquí donde viene un ruido muy grande, un muy grande estruendo, una nube negra y muy densa de mala manera, con unas mezclas de colorado. Vino un trueno articulado por voluntad divina, y vino todo en aquella nube. Desde allá se dieron los preceptos, scl.: Diliges Dominum Deum tuum et ne iuraberis vana per illum. Sonaban desde aquella nube como una vocina. En fin, debía ser algún ángel, que por voluntad divina estaba allí para decir aquello. Los hijos de Israel estaban temblando, como velan la humareda de la obscuridad y la cosa que andaba en el monte. Caeli distillaverunt, etc. Los cielos destilaban. Ha hecho maravillas el cielo: nunca tales cosas se han dicho del cielo. Luego admirable fue este Pentecostés. Pero más admirable es este otro. Figura dél fue aquél; pero muy más grande fue este otro, sin comparación. Muchas maravillas se hicieron en aquél, porque la tierra se movió, y el Mar Bermejo se partió en dos partes, y el Jordán se tornó atrás, y los cielos destilaron y dieron de sí grandes señales. Pero todas éstas acaecieron acá en este otro muy más al propio. Va tanta diferencia del uno al otro como de una cosa pintada a una cosa viva. Fue aquella sombra, en comparación de aqueste otro, y, como digo, fue una figura aquella deste otro, que [os] ha espantado; empero mucho más os espantará este otro. Pues vengamos a esta otra gotera. Veamos. No fue tanto moverse la tierra, como hemos dicho, en el Testamento Viejo. Pues mirad cómo se movió más de veras en el Testamento Nuevo. -Venid acá, tierra. ¿Cómo os movistes? ¿Qué movimiento habéis hecho? -No sé nada. Preguntádselo a los cielos, no a estos muertos, que andan alderredor, sino a los cielos vivos, a los sanctos Apóstoles, que son cielos verdaderamente cielos, quia caeli enarrant gloriam Dei. Grandes cielos que cantan la gloria de Dios, que loan a Dios, que ensalzan a Dios, que temen a Dios,

que engrandecen a Dios, que nunca se les cae de la boca. Ahora, pues, a estos cielos habéis de preguntar; que lo saben muy bien y contarás lo han mejor. -¿Así, que eso pasa? Ea, pues, vos, cielo Andrés, decidnos algo; cielo Juan, cielo Bartolomé, decidnos ¿cómo se ha movido la tierra? -Nosotros, dicen, no os queremos decir nada. Allá el cielo mayor os lo dirá el cielo Pedro, cómo fue, que sabe mucho de la Iglesia o desta cosa. Sanct Pedro Papa, Sanct Pedro Pontífice os lo dirá; allá os remitimos a él; que nosotros le damos poder como a mayor. No curéis de preguntarnos nada cómo predicaron los Apóstoles. -Venid acá, Pedro; decidnos cómo se movió la tierra, cómo ha destilado el cielo, cómo ha sido esto, que nos hacen muchas maravillas; decidnos algo. -¿No fue harto moverse la tierra, estar en Hierusalem tanta gente, que dice Sanct Lucas: Ex omni natione quae sub caelo est? De cuantas naciones hay en el orbe: africanos, asianos, franceses, flamencos, españoles, portugueses, que yo, sin duda, pienso que eran más de doscientos mil, por la gente que había venido a la otra pascua pasada, y los que no habían venido a la otra, venían a ésta, de manera que toda la cibdad estaba llena de gente. Mirad aquella ciudad tan grande como París y Roma juntas, y llena de gente, que yo creo que no se podría valer. Pues, luego, movióse la tierra. Gran movimiento de tierra fue éste; de verdad grande. ¿No fue grande misterio que en un día, por un razonamiento que hizo un hombre de baxa manera, un pescador, un arrinconado, que ese otro día antes se había visto con la red en la mano, se baptizasen mil de hecho y de derecho? Digo de hecho y de derecho, porque por su voluntad fueron baptizados, y no a repujones, como esos moros. No, no era de esa manera; que, cuando oyeron a Sanct Pedro, [dixeron]: -Queremos que nos baptices. ¿Qué más hemos menester? -Contrición y penitencia y remisión de los pecados-. Gran movimiento, grande, y mayor que nunca fue. Qué un hombre de tan baxa manera, como tengo dicho, convirtiese tanta gente, y no una gente de cualquier manera, sino una gente diabólica, una gente robadora, una gente matadora de hombres, una gente que no cognoscía a Dios ni sabían qué cosa era. Y esto no penséis que lo hacía Sanct Pedro a gritos de púlpito, ni nada desto, sino mansamente para atraerlos a lo que quería, como hombre que no pretendía otra cosa sino ganar las almas de aquéllos; como hombre que no pretendía obispado, ni calongía, ni nada deso: no lo hacía por interese, sino por ensalzar la Iglesia de su Dios, y de su Cristo y Maestro, como buen cielo, como cielo Pontífice, como cielo Papa, como cielo mayor. Grandes movimientos de tierra fueron hallarse tantos varones religiosos en Hierusalem; varones religiosos, no dominicos, ni franciscos, ni nada desta cosa, sino varones religiosos, que vivían en común, que vendían todo lo que tenían, y lo traían a los pies de los Apóstoles, y prometieron y profesaron la fee sancta católica, y perseveraron en ella hasta la muerte. Veis aquí por qué los llama Sanct Lucas varones religiosos: Erant enim Hierusalem habitantes viri religiosi. ¡Oh gran movimiento de tierra! Aquella elección de San Matías, que se hallaron en ella, varones y mujeres, 102 discípulos de Cristo nuestro Redemptor, entre los cuales estaba la Madre de Dios, Virgen Sacra, a quien se daba mucha parte y se comunicaban estas cosas. Que cosa de creer es que la dexó acá y le dio parte de muchas cosas como a la más excelente pieza que acá dexaba. De creer es que la Sacratísima Virgen los esforzaba y animaba, y en ausencia

de su Hijo cumplía la falta que su Hijo y Maestro hacía. Gran movimiento el gran regocijo espiritual y corporal que la Madre gloriosa sentía, cuando vio que [a] la muerte de su Hijo sucedieron tan grandes maravillas y señales. Gran movimiento de ver que con solo un sermón que hizo San Pedro bautizó tanta multitud de gente. Gran movimiento la conversión de San Pablo, y la muerte de San Esteban y todas estas cosas. Grandes movimientos fueron estos. Pues, luego, terra mota est; movióse la tierra, que se espantaba de las señales grandes y admirables que los Apóstoles hacían; maravillábase de las grandes cosas que decían y de las cosas maravillosas que de sus bocas salían. Pues, luego, verdaderamente terra mota est, movióse la tierra. Grandes movimientos ha hecho, grandes señales ha mostrado. -Pues decidnos, cielo Pedro, ¿qué hicistes para convertir tanta multitud de gente? -¿Qué? Yo os lo diré. Subíme encima de un monte y comencé a decir: «Hijos de Israel y los que moráis en Hierusalem, todos, oíd mis palabras. Ya sabéis cómo vosotros matastes a Jesús Nazareno, varón aprobado, varón justo y sancto, empero Dios verdadero. Vistes las maravillas que hizo en medio de vosotros; os aconsejastes, allá lo hicistes como os pareció; en fin, matástelo con grandes tormentos. Ha resucitado de los muertos por su potencia, en cuanto Dios, y resucitóle Padre, en cuanto hombre. Y desto nosotros somos testigos, de tal arte que, ensalzado de la mano de Dios, ha tomado la permisión de el Padre, hanos enviado este estado que veis. Pues que veis estas cosas, ¿por qué no hacéis penitencia? ¿Por qué no os pesa de el mal cometido contra Dios, perros herejes, bellacos, tacaños, envidiosos, murmuradores, traidores, matadores de vuestro Dios?» No dixé más desto, dixo el cielo Pedro. -En buena hora. Pero decidnos, Pedro, ¿qué tal estábades la noche de marras? ¿Cómo os iba? ¿Por qué no predicábades? ¿Por qué no hacíades estos razonamientos? Ese otro día negaste a Dios por miedo de una porterilla, por miedo de una rapacilla, que no era nada, y después habéis estado encogido y arrinconado. Y ahora venís a predicar delante tanta gente. ¿Qué invención ha sido ésta? Y no hecistes sermón; pero aun convertistes tanta multitud de gente con dos palabras. Decidnos, ¿qué dixistes?, ¿qué ha sido esto? Arrinconado, cobarde, temeroso, antes pescador y pecador que predicador, contadnos estas cosas. Y los cielos vuestros compañeros ¿cómo se ponen a predicar agora sin algún temor? Que los otros días huyeron, dexando a su Señor en las manos de sus enemigos. Y no bastando esto, habéis estado encerrados por miedo de los judíos, y no habéis osado salir de un rincón ellos y vos, y vos y ellos. Decídnoslo, que tenemos gran deseo de saberlo. Son grandes estas que nos admiran y espantan, que nos hacen estar atónitos; que estamos por decir que se ha movido la tierra. -No me preguntéis nada deso, dice el cielo Pedro; allá esotros cielos. Preguntad a esos otros que andan al rededor, decídselo, que ellos han sido causa de todo esto por una gotera que llovió. -¿Qué ha el cielo llovido gotera? -Sí, que ha stilado una gotera, una lluvia de voluntades, una lluvia, que nunca fue lluvia semejante a ésta, una lluvia que no se puede pensar ni imaginar cuan grande sea. Y no os lo puedo decir en alguna manera porque, aunque esta lluvia haya obrado cosas maravillosas conmigo y con mis compañeros; pero a esto no me atrevo, porque la emanación desta gotera sólo Dios la sabe. No sé más sino que caeli distillaverunt, etc. Los cielos han destilado. Allá os remito a ellos. -¿Así, de esa manera

pasa? Vengamos ahora a esta gotera. Veamos cómo fue esto que hoy celebra la Iglesia.

San Lucas una gran cosa dice: que Cristo comía con sus discípulos, hablaba con ellos muy comúnmente [de] todas las cosas que habían de pasar por la Iglesia, y decía: -Mirad, que el mundo os ha de aborrecer porque primero me aborreció a mí que a vosotros. Mirad que habéis de llevar mi nombre y predicar a unas gentes diabólicas, no a cualesquier gentes, sino a unas gentes bestiales y perversas. Pero, mirad, no temáis a Roma, que daros he tanto ánimo y tanto esfuerzo, que vais a donde quiera sin temor. Y mirad, cuando estuviéredes delante de los príncipes y reyes, no queráis pensar qué decir, porque en aquella hora os daré qué digáis, sino decid lo que os viniere a la boca, porque entonces no hablaréis vosotros, sino hablará en vosotros el Espíritu Sancto de mi Padre. De manera que habéis de predicar la ley evangélica. -¿Ansí, Señor, dicen los Apóstoles, que hemos de predicar? ¿Qué ha de pasar? ¿Qué decía? -Que sí -dixo Cristo nuestro Redemptor-; que así ha de pasar como os lo digo. ¿Ya no sabéis vosotros predicar? ¿No se os acuerda cuando yo os envié a predicar, que fuistes y me dixistes que os había ido muy bien? Y que fue ansí que Cristo Nuestro Redemptor los envió de dos en dos a predicar por esas ciudades de Hierusalem, cuando les dio aquel tema: *Poenitentiam agite, appropinquavit enim regnum caelorum*. «Haced penitencia porque se os acercará el reino de los cielos». Dice: -Entonces lo hicistes muy bien; pero mucho mejor lo haréis de aquí adelante, porque seréis muy otros. Porque entonces estábades muy flacos y enfermos; empero cuando venga ahora lo que os tengo dicho, estaréis muy mudados. -Muy bien, Señor, y sea ansí como vuestra Majestat lo manda; hágase ansí como lo mandáis, que nosotros queremos ir a predicar luego y hacer todo lo que habéis dicho sin ninguna tardanza. -No sea de esa manera, dixo Cristo nuestro Redemptor, no os precipitéis tan aína. Mirad, no estáis para ello. Primero destilarán los cielos una lluvia que os haga fuertes y robustos; pero agora no estáis para tan grande oficio, no estáis como debéis estar para executar tan grande empresa como ésta. *Sed sustinete hie in civitate donec induamini virtute ex alto*.

Aguardad aquí, esperad, hasta que seáis vestidos de la virtud soberana -¡Oh palabras divinísimas de Cristo nuestro Redemptor! «Esperad, que se han de romper los cielos; esperad, que se ha de romper la bóveda; esperad, que os ha de dar primero una gotera en el pecho, una gotera muy grande y muy excelente, que os haga, no tímidos ni temerosos, pero valientes y esfórzados, animosos; será una caridad perfecta que echará fuera el temor, porque no pueden morar juntos». Y después desto, bendiciéndoles: «Dios os guarde y os tenga de su mano; el Padre os consuele y os haga más sus siervos, y yo, cuanto Dios, lo mesmo, y el Espíritu Sancto os alumbre y os dé su gracia para exercitar tan grande officio». *Et videntibus illis elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum*. Y en acabando de decir esto, fuese subiendo paso a paso delante sus ojos, *videntibus illis*, viéndolo ellos. Quedaban atónitos; estaban todos mirando cómo subía por su omnipotencia por en medio de la región del aire, hasta que le perdieron de vista. Y los Apóstoles sanctos pudieron hacer una razón muy aparente, y decir a Cristo nuestro Redemptor: «Nosotros bien creemos que lo sabe mejor Vuestra Majestat que nosotros lo podemos decir; pero decidnos ¿por [qué] os vais ahora en tal tiempo? ¿No fuera mejor que predicárades en esas

ciudades de Galilea, que no hay ningún día que no se pueble el infierno de ánimas? Mirad esa África, esa Europa, cómo todos son idólatras, que no os cognoscen ni saben quién sois. Y también, Señor, ¿no os parece que no os habíades de ir ahora, porque agora comenzaba el mundo a cognosceros, agora comenzaba a gustar de vos, y lo que más es, Señor, que nos dexáis arrinconados entre las manos de nuestros enemigos. Haced, Señor, como os pareciere; pero a nosotros parécenos que sería mejor la quedada que la ida. Dice Cristo nuestro Redemptor: «Mirad, no os fatiguéis porque de otra manera lo quiero llevar, de otra arte ha de ser esta cosa; yo lo haré de otra manera, que me muestre de otro modo muy poderoso al mundo. Yo quiero hacer que el mundo me conozca. Eso que decís del predicar, vosotros lo haréis. Cuanto a lo que decís que os dexo en las manos de vuestros enemigos, no temáis, que yo haré que no les tengáis miedo: Non vas relinquam orphanos; no os dexaré huérfanos, porque, aunque corporalmente y en cuanto hombre me veis ir; empero, en cuanto Dios, con vosotros quedo». Agora vamos adelante. Fueronse entonces los Apóstoles y discípulos al Cenáculo de Sión, y la Sacratísima Madre de Dios con ellos. Estaban allí en contemplación y oración. Yo bien creo, sin dubda, que ellos no estaban ociosos, sino uno cantando salmos, otro contemplando en la Pasión de su Maestro; y decían unos a otros: -Decid, ¿acuérdaseos cuando nuestro Maestro hizo tal y tal milagro? ¿No se os acuerda cuando hartó a cinco mil hombres con cinco panes y dos peces? ¿No se os acuerda cuando sanó al ciego, cuando sanó al paralítico? -Sí, bien se me acuerda de todo eso. -¿No se os acuerda que antes que padeciese nos decía que había necesidad que padeciese? ¿No se os acuerda de las palabras que dixo estando en la cruz; y cuando dixo: Deus, Deus meus, etc.?

De creer es, cierto, que en estas tales cosas se ocupaban todo el día; y, cuando venía la noche, cosa creíble es que se irían a dormir, y que no dormirían allí todos, porque era poca crianza y poco miramiento. Y a la mañana tornaban luego a su concierto, a loar a Dios en salmos y himnos. Pues la Sancta Reina de los Ángeles, ¿quién podrá decir los gozos espirituales que sentía, aunque de fuera por su honestidad no los mostrase? ¡Oh sacratísimo convento! ¡Oh Sacratísimo consistorio! De verdad, cuando me paro a pensar cuánta diferencia hay de la Iglesia, que entonces nuevamente insurgió, a la Iglesia destes nuestros tiempos, yo me confundo. Y grandísima confusión es nuestra ver en aquel tiempo cuán coceadas traían las cosas del mundo, y cuán desasidos estaban dellas, cuán sin tratos ni baratos, con cuánto cuidado guardaban su ganado y guardaban las ánimas de sus súbditos. Pero agora en nuestros tiempos todos volemós al revés.

Volviendo a nuestro propósito. Dicen unos a otros: -Válame Dios, San Juan. ¿Sabéis cuándo ha de ser esta gran cosa, esta gran gotera que ha de llover, este don tan grande, que nos ha prometido nuestro Dios? ¿No imagináis poco más o menos vos, San Pedro, cuándo vendrá esta cosa tan señalada? Decían algunos: -No sabemos; pero creemos que para esta fin de Pentecostés, por ser día señalado tan solemne y tan grande, pensamos que vendrá, pero no lo sabemos de cierto. -Pero ¡válasme Dios!, decían ellos, mucho tarda esta cosa. ¿Cuándo ha de venir? ¡Oh, si la viésemos ya! -Hora es, pues, ya; no puede tardar mucho, que ya se cumplen los cincuenta días que hay de la pascua de Paracebes hasta la de Pentecostés. También se

cumplen los diez días después de la Ascensión.

De manera que estaban esperando con mucha vigilancia cuándo vendría aquello que su Maestro y Dios les habla tantas veces prometido.

Venido el día de Pentecostés, por la mañana, cuando se levantaron a loar a Dios, levantábanse muy contentos, y decían entre sí, y cada uno por sí: -¡Oh, válasme Dios! ¿Qué ha sido esto? Decía uno: -Sin dubda que ha de ir hoy muy al cabo la cosa, no puede ser menos que yo estoy muy de otra manera que estos los días; yo no puedo caber en mí-. Preguntaban unos a otros y decían: -A vos, ¿cómo os va? -¡Hey! No sé qué me he hoy, que, de verdad, yo estoy tan contento que no puedo caber en mí de placer. -Ahora, decían unos a otros, no puede ser sin causa.

Estaban desta manera, sabiendo que había acercado la hora. Cuando no se catan, oyeron un ruido muy grande, que denunciaba que venía Dios; y comenzaron a decir unos a otros: -Sin dubda esta es aquella gran cosa que Nuestro Redemptor nos prometió; esto es sin dubda. De manera que, acabando, de venir aquel ruido vieron encima de sí una cosa a manera de lenguas de fuego. Y mirad, aquel ruido grande que vino, no penséis que era cosa de relámpagos, y truenos y tormenta, ni nada de esas cosas que espantan, sino fue un sonido muy hermoso, que por voluntad divina precedió como pregonero, como mensajero del Espíritu Sancto. De manera que vieron encima de sí fuego y lenguas. Los latinos dicen: *Aparuerunt eis dispertitae linguae tanquam ignis; empero los griegos dicen, etc.*

De manera que, como estuviesen ansí, anda aquella cosa por la sala, y mirábanse unas a otros. Los unos velan cómo los otros tenía cada uno encima de la cabeza [una lengua de fuego] y decían: -Mirad, Pedro, ¿no veis lo que os anda en la cabeza? Pues esperá un poco, decían, que una lengua de fuego os anda esgrimiendo por encima de la cabeza. -Y vos tenéis otra, Andrés; y vos, Juan, otra. Y vos también, ¿no lo veis Reina y Señora, no veis cómo os anda una cosa como lengua sobre la cabeza? ¡Válasme Dios! ¿Y qué es esto?

¿Andaba ansí la cosa desta manera que oís? Sí; y mirad que dice lenguas y fuego, positive, porque cuando Dios da el don, ha de ser perfecto.

Cualquiera cosa destas que faltara no fuera lluvia de voluntades. Envióles fuego para que dentro les inflamase las voluntades; aun también para que hiciese a los otros levantarlas. Dioles fuego para que tuviesen hervor dentro de sí porque las cosas que se dicen fría y tibiamente no imprimen ni hacen impresión; pero las cosas que se dicen con hervor y con ánimo, imprimen mucho, hacen grandes efectos, grandísimos. De manera que los Apóstoles tenían necesidades para cumplir el oficio que se les había encomendado, porque poco aprovecha al hombre sentir grandes cosas dentro de sí y no saberlas explicar, ni menos hay cosas con que las explicar. De manera que cualquiera cosa destas que faltara, no fuera lluvia de voluntades. El fuego les dio hervor, avivóles los entendimientos, y les hizo expertas las lenguas, y quitóles la torpeza; y lo uno y lo otro los hizo sabios, los hizo doctos, los hizo de dulcísimo razonamiento, de muy gentil conversación. ¡Oh gran monte de Sinaí, y admirable; pero, por cierto, como una cosa desierta [comparado] con este otro! Grande cosa fue el monte de Sinaí, de verdad; pero en comparación deste sancto monte, es como el Puerto del Pico, como una cosa muy solitaria y desparramada. Grande fue el monte de Sinaí, y admirable, porque en él se dio la Ley por

mano de un ángel; empero muy mayor eres tú, monte de Sión, pues que en ti se cumplió lo que en el otro se había figurado. Grande fue aquél, pues que fue figura deste otro; empero éste fue muy mayor donde descendió Dios en figura de lenguas y fuego para perficionar todo lo señalado, en el otro. Vamos adelante. Y ansí como anduviese la cosa desta manera ansí por la sala, andaba también un aire suavísimo, dulcísimo, que regocijaba a los Apóstoles bienaventurados. No viento, no aire de setentrión o merediano, o austro, o aire ábrego o solano; no era nada desá cosa, sino un frescor muy grande, que recreaba las ánimas y los cuerpos de los discípulos, pues comenzaron a decir: «Ábranse estas puertas, que este grande aire, esta gran gotera, este fuego no i se sufre estar encerrado. Rásguense las paredes, ábranse las ventanas, sálgase este gran don, pues no quiere estar donde se ha manifestado. ¿Cuál Roma, cuál Capitolio, cuál Senado, cuál Atenas, qué muerte, qué cuchillo, qué temor? ¿Qué quiere decir estar encerrados? ¡Fuera, fuera! No haya más miedo de judíos, no haya más miedo de gentiles. Abridnos, pues, que no cabemos en nosotros. Abridnos, abridnos, pues no podemos estar encerrados». -¿Qué es lo que decís, San Pedro? ¿Qué es lo que decís? Decid San Juan. -Que una gotera, que me ha dado en el pecho, no me dexa sosegar, no me dexa estar asentado ni levantado, sino querría reventar por echar lo que tengo acá dentro. Una gotera de voluntades que me hace arder en el amor de Dios, que me hace no temer muerte, que me hace no temer tormento. Ábranse esas puertas, ábranse. Sí, de esa manera pasaba la cosa. ¡Oh gran fuego, gran gotera! Por cierto, fuego que no quemas, que no consumes, fuego que no matas, fuego que das vida, fuego que no sabes qué cosa es muerte, fuego sancto, fuego que santificas, fuego que no temes, fuego antes figurado, fuego nunca pensado, fuego nunca imaginado, ¿cómo cabes aquí? Fuego, ¿cómo no rompes paredes y cuanto delante hallas?

Y como andaba desta manera la cosa y aquel ruido tan grande, haciendo ru ru, oyóse en la ciudad la cosa, y como lo oyeron, salen todos corriendo, dando voces: «¿Qué es esto que habemos oído?» Y como sintieron que andaba este ruido en el Cenáculo, fuerónse allá, y vieron cómo pasaba la cosa. Y los Sanctos Apóstoles tomaron, uno un banco, otro una silla, otro encima de una mesa, y, como podían, empezaron a predicar y a decir: «Varones de Israel y todos los que estáis presentes, ¿vosotros no veis que es vanidad todo lo que hacéis? ¿No veis que hay infierno, purgatorio y paraíso? ¿No veis que hay otra vida después desta? ¿No consideráis que tenéis cuerpo y alma?» Predicábanles la verdadera Teología. Y ansí todo lo que los sagrados Apóstoles compusieron es de muy gran majestat y auctoridad. Si no, mirad ese Símbolo que hicieron cuando todos se hallaron juntos. Credo in Deum (usque in finem). ¡Cuán gran majestat tiene consigo! ¡Qué boato lleva! Creo en el Espíritu Sancto y en lo que cree la Sancta Madre Iglesia. Y ansí desta manera cada uno de los buenos fieles puede ser teólogo perfecto, aunque no sepa estas cosas ni estas argucias; sabiendo las cosas que tiene la Sancta Madre Iglesia y poniéndolas por obra, es la perfecta Teología. Ésta es la que predicaron los Apóstoles.

Pues andaba así la cosa desta manera; espantábanse los que veían hablar a los Apóstoles y decían: «Estos hombres ¿no son galileos? Éstos ¿no son unos hombres indoctos? Pues ¿cómo oímos cada cual la lengua en la cual nació? ¿Qué es esto? Esto era mucho de maravillar, de verdad. Que ya se

ha visto un hombre endemoniado hablar muchas lenguas; empero esto es de espantar: que, si los Apóstoles hablaban en hebreo, entendían en caldeo los que eran de aquella nasción. ¿Qué es esto? Esto era mucho de maravillar. Mirad, el demonio bien puede hacer que uno hable muchas lenguas; empero no puede hacer que sea entendido en tantas lenguas, hablando en una. Empero Dios hacía en aquel espacio, en aquel medio que su Apóstol hablaba la palabra que, cuando fuese él oído del francés, pensase el francés que hablase en su lengua y lo entendiese; y lo mesmo los demás. Y por esto el glorioso Evangelista San Lucas decía: Nonne omnes isti qui loquuntur galilaei sunt, et quomodo, audivimus unusquisque linguam nostram, in qua nati sumus? Como vieron los judíos esta cosa que pasaba, decían: «Sin dubda están estos beodos; sin falta, ellos se han emborrachado, y andan locos y no saben de sí; andan fuera de tino; esto no, puede ser otra cosa. Mirad, mirad, no aciertan a decir cosa alguna». Comenzaron a burlar dellos. No faltó quien lo oyó, y va de presto a San Pedro: -Señor, esto y esto pasa. -¿Qué dicen? ¿Que estamos beodos y locos? -Así, eso pasa. -Esperad; dexadme, dexadme; no pedrique nadie; no curéis de predicar, dexadme hacer a mí; que vean manifiestamente cómo se engañan, y cómo están ellos locos, bobos, ciegos y necios. Yo voy; dexadme, dexadme.

Pues, como vino el glorioso San Pedro, púsose en un lugar alto donde de todos fuese visto y oído, y comenzó a decir desta manera, según dice el glorioso San Lucas: «Varones de Judea y todos los que moráis en Hierusalem: esto que os quiero decir sea manifiesto, y abrid las orejas a mis palabras. No es como pensáis. Mirad que estos varones están beodos, sí, pero no del vino como vosotros pensáis, sino del vino que no harta, del vino nuevo; pero no de mosto, como vosotros pensáis. Mirad cómo no es tiempo aún de haber bebido. Esto es lo que se dixo por el profeta Joel: Et erit in novissimis diebus, dicit Dominus, et effundam spiritum meum super omnem carnem et prophetabunt filii vestri, etc. Mirad, yo os daré testimonio desto, y no quienquiera, sino vuestro profeta Joel, que dixo y profetizó esta cosa: «Que será en los postrimeros días; yo daré y derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetarán vuestros hijos y hijas, y soñarán sueños». En los postrimeros días, cuando el Testamento fuere cumplido y cuando las cosas del Testamento Viejo sean como sombra en comparación de las del Nuevo Testamento, cuando todas las cosas dichas y profetizadas de Cristo sean cumplidas, entonces yo derramaré de mi espíritu, no solamente sobre vuestros hijos e hijas, pero aun super iuvenes, sobre los niños. Mirad que no tenéis por qué esperar otro Cristo, pues que lo tuvistes en medio de vosotros, aunque no lo cognoscistes. Y mirad, este Jesús, que os digo, resucitado ha de muerte a vida, para dar vida a muchos. Y desto nosotros somos testigos. De manera que puede saber la casa de Israel que no vendrá otro en quien pueda ser salva, porque Dios le hizo Señor a este Cristo, que vosotros crucificastes; a éste, quien vosotros matastes, traidores, bellacos, envidiosos, maliciosos, alborotadores, amadores de lo malo, destruidores de lo bueno, matadores del que vino para salvarnos».

Como oyeron estas cosas y otras muchas que San Pedro dixo, conmovióles el corazón y pesóles del mal que habían hecho. Y dice San Lucas que decían a los otros Apóstoles y a San Pedro: «¿Qué haremos para salvarnos, que

grandes cosas son éstas que hemos oído? Mudado nos han de nuestro propósito malo. Quitádonos han de toda incredulidad». Dixerón los Apóstoles: «Que os salgáis de esta generación perversa, y confeséis a Cristo, y os bauticéis y creáis, que nuestro Redemptor vino a librarnos del infierno y nos libró, y vino a darnos victoria de nuestros enemigos y nos la dio; y nos dará la vida eterna, quam mihi et vobis praestare dignetur Jesus Mariae filius. Amen».

- IV -

Sermón para la Dominica primera de Adviento

Aunque la copia, de donde he sacado este sermón, está hecha con los pies, debe utilizarse, porque el sermón lo merece, y no es difícil arreglarlo de modo que se entienda, dejando parte de la salutación, que no tiene arreglo posible. Al frente de la copia se lee: In eadem dominica sermo secundus. Es posible que en el primero se expusiese la materia del Juicio final en la forma que vimos en el prólogo. En este sermón responde Fray Dionisio a esta pregunta: ¿Por qué nos amenaza le Iglesia con el día del Juicio más que con el de la muerte?

Secundum autem duritiam tuam [et impaenitens cor], thesaurizas tibi iram in die irae et revelationis justi iudicii dei.

(Paulus ad Rom., II, 5)

Dos fundamentos son menester entender para el sermón de hoy. El primero, que el amor causa diversos efectos en los apetitos de los hombres, y unas veces tenemos amor y otras temor, pero más capaces somos para tener amor que temor, porque el amor encierra en sí el temor; que el temor es de futuro y el amor es de presente; el amor es de buenas a buenas cosas, el temor de malo a malo. ¿A qué propósito es dicho aquello? Yo os lo diré. Para que sepáis que hay dos caminos para ir a Dios: uno amor y otro temor de Dios... Otro fundamento: que todos los que se atreven a pecar son que se aman demasiado a sí mismos... Tomad a un ladrón, a un usurero, [a] un desuellacaras, [a] un diablo del mundo, a un rufián. Decidle sabores de Dios. Es una grave cosa. ¡Sancta María! Y toda esta dificultad es que se aman a sí mismos en sus deleites, y cuanto más pecadores, tanto más se aman; mas así tanta menos son aptos para oír ni hacer algo de amor de Dios. Porque esta es regla general que, cuando me amo, no amo a Dios, y cuando amo a Dios, no me amo a mí, digo en esta manera de amor demasiado en vicios. De modo que estos tales, pues por el amor no entran (que para esto lo he traído), han de entrar por la puerta del temor, y éste, cuando el pecador no le tiene, perdonad por él, yo le desahucio, como a un

esclavo, que tiene perdida la vergüenza, que no se le da nada andar aherrojado, de los cuales dice el Sabio: Impius, cum in profundum malorum venerit, contemnit. Cuando ya el pecador no teme, cuando ya no se le da una castañeta [de nada]; cuando ve que muere hulano y hulano, y ve el mundo cómo se va y cómo todo perece, y no teme, y tiene tanto amor de sí que no es amor, sino enemigo grande; cuando está ya del todo muy avellacado, [no hace caso de nada]. A estos tales despierta la Iglesia, [no con el] Adviento primero que pasó, el cual fue de amor, [sino con] el segundo, que ha de ser de temor... y, como digo, el primero [fue] de grandísimo amor, que una de las mayores cosas en que Dios mostró sus misericordias con nosotros fue en la venida al mundo a tomar nuestra carne. Fue una cosa grande, grande, grande. [El] segundo ha de ser, no a holgar, no a deleitar, no a ablandar, sino a juicio y a examinarnos, a sentenciamos y a exesperarnos. Y esta significación de este adviento tan horribilísimo es muy gran medio para estos tales, para entrar por aquí a amar, pues están más aptos para entrar por el temor de la pena que por el temor de la culpa, como tengo dicho. Y pues somos pecadores y no entramos por la puerta principal del amor, sino por el arrabal del temor, supliquemos a Dios que nos abra esta puerta, y que a mí me abra mi entendimiento y mi lengua y a vosotros vuestras orejas, y por más le obligar, pongámosle delante a la singular puerta Reina del cielo, Virgen siempre María, pidiéndoselo con mucho hervor y humildad, diciendo: Ave María.

Secundum autem duritiam tuam, etc.

Esta cláusula, que tomo por fundamento, es de la muy solemnísima epístola de San Pablo, que escribió a la iglesia de los Romanos. Su romance, en buenas palabras, es éste: «Quieres hacer ira en conserva para la ira que ha de venir. «¡Oh Sancta María!, que aun muchas veces pienso y aun se me sube la cólera de ver nuestra abominación: cuánto estamos todos puestos en nuestro querer, cuánto no querríamos sino nuestra voluntad y cuán dificultoso se nos hace lo que es contrario a nuestros apetitos y pecados. Si pecaste, pésete y conviértete. Pero ¡que perseveres y dures en el mal, y que no te vuelvas a Dios! ¡Que, siquiera que no temas, que no se te dé, por todo cuanto vees, y sabes, y oyes, nada! ¡Que no te baste lo que hiciste, sino que allegues ira para la ira de Dios!

Es menester declarar ahora este tema para entender la negociación. Desta manera dice: Thesaurizas, que es vocablo griego, que quiera decir atesorar, allegando muchos pocos, para tener un montón, como decimos del avariento que [a] llega [muchos] pocos para tener un mucho. Así que allegas, que acumulas, que atesoras ira para el día de la ira del Señor. ¡Y qué día!; para aquel día, como quien no dice nada, Dies illa, dies irae, calamitatis et miseriae, dies illa horrenda et amara valde. Será día horrible. Día de espanto, de ira, le llama el Apóstol en estas palabras. Que no habrá entonces misericordia, no: que el día de hoy no hay justicia, ¡oh gran Dios!, que no traiga consigo misericordia; pero aquel día [será] todo de ira, todo de justicia, todo de espanto, todo de horribilidad. Llámase también día de manifestación, y esto se declara más en lo griego, en lo cual quiere decir apariciones y manifestaciones: que en aquel día se

sabrá todo cuanto hicistes y pensastes y hablastes, y será gran confusi3n de los malos. Que es tanto el amor enemigo que tiene de sí el pecador que, si supiese que habían de pregonar luego en la plaza lo que hizo, escogerá más morir que pecar, o será algún necio atrevido el que quisiese pecar, sabiendo que luego se había de descubrir. Mas decidme,  qu  será aquel día donde todo será manifestado, que no falte nada, jota ni punto?

También le llama el Ap3stol día de juicio, día de pleito. Que allí no pod is trampear, ni mentir ni tractar testimonios falsos ni engaños, porque esto es muy a pospelo de Dios, juez justísimo y ver simo, Judex justus, fortis et patiens, que tanto cuanto paciente es agora, entonces será tanto más fuerte. De manera que el pleito ha de ser sin engaño y delante de este juez. All  saldrán a pleito todos los hip3critas, todos los disimulados, todos los solapados, todos los fingidos, no con mentira y falsedad, sino muy a la clara, conocidos de todos por tales y por perros fictos. Pues dime, dime, dime, dice el Ap3stol,  par cete bien que allegues t  ira para aquel día, y allegues ira para tal ira?

Agora, daca, entremos en el negocio. Dir is: Padre, ese juicio  cu ndo decís que ha de ser? Ha tanto tiempo que se pregonan en el mundo... Hallamos cuántos y cuán muchos le temieron, y que es posible que sea de aquí a cincuenta años, pues que ha tanto que se suena, y nunca ha sido; y puede ser otro tanto. Mas parécenos que es ese día muy tarde (Dic, si vis, del soldado que se llev3 el medio pan de los franciscos) y muy lexos est , y será mejor, porque más temi semos, que nos espantasen con la muerte, que es muy cerca, y la vemos con nuestros ojos, que nos lleva all  con ella. Y pues que el ánima, [desde] el instante que sale del cuerpo, va juzgada, y donde fuere en la muerte, al cielo o al infierno, all  ha de estar en el día del juicio y así se quedará, salvo que entonces, como será la pena con el cuerpo y alma, será la pena a nuestro parecer más recia y más de otro arte que la de antes del día del juicio. Pues luego, parécenos que hay más causa para amenazarnos y atemorizarnos con el día de la muerte que no con el día del juicio.

Digo que no son estas amenazas a deshora en la Iglesia. Y no hallaréis que se haga grande amenaza por boca de Dios o de profeta o de algún otro sancto más continua que ésta del juicio, como lo veis en el sacro evangelio de hoy y en otros cabos: ca muchas veces y más con las amenazas deste día que [con] las de la muerte [nos ponen temor]. Pues luego,  qu  esperanza secreta es ésta del juicio que hay en este día?

Agora lo que yo he podido pensar sobre esto es, y creo que no me engaño. Por caridad que me prest is atenci3n. Lo primero [por] que el hombre no es amenazado con la muerte así como con el juicio es porque no muere del todo con esta muerte: que vive en la fama, y en los títulos y en los hijos, que esto, aunque él muere, vive, y aun no est  sentenciado. Y así veréis con cuánto apetito desean los hombres fama y alcanzar hijos, porque son otra segunda vida, y en ellos vive el padre, y éstos no mueren acá. Notad esto que digo que, aunque la fama vive acá y hay muchos que viven acá en la fama, que no viven all , sino mueren, hay otros muchos que tienen ahora la fama muerta, teniéndola all  viva.  Quer islo ver? Tomad los mártires que moran difamados acerca de esos Decios y Maximianos y de esos Nerones, de esos Dioclecianos, de esos demonios, tanto que por maldici3n decían unos a otros: «V ngate lo que vino a Lorenzo», «Acont zcate lo que aconteci3 a

Bartolomé, y a hulano y a hulano». Pero en esto ya vemos cuánta y [cuán] gran[de] fama tienen allá, aunque acá entonces no la tuvieron, sino de algunos poquitos cristianos.

Amenázannos con aquel día, que es día de manifestación, y no con la muerte, porque entonces se sabrá la verdad de todo lo que acá no se sabe, porque será día de manifestación, lo cual será gran tormento a los malos, que puede ser que uno tenga por mala una mujer, y ella ser buena; y ella a su marido por malo, y ser bueno. Pero allá sabrá la mujer quién era su marido de verdad, y él qué tal era su mujer. También vemos otros que viven en esta vida en sepulcros, en coplas en [memorias] de hechos magníficos, que quizá, según yo pienso, son allá muertos, y han de estar en pleito, dando cuenta de lo que gastaron en los epitafios sin necesidad o provecho alguno, en los títulos, en los versos, en los retablos, en los arcos, en los mármoles. Aquí yace hulano [de] tal, etc. Y creo que los que en esto piensan y acaban sus vidas, que su salvación es dudosa. Y cuando yo veo todos estos escritos, acuerdome de aquello: Mortuus est dives et sepultus est in inferno. Según el griego, tiene una conjunción que dice: Mortuus est dives et sepultus est; y luego dice: et in inferno cum esset in tormentis, etc., porque el cuerpo acá quedó con los títulos y retítulos. Y dice: et sepultus est. Pero, aunque fue sepultado y [vivía] en el sepulcro de mármol; pero allá en el infierno clamaba y decía, etc.

Veis ahora aquí por qué no nos amenazan con la muerte como con el día del juicio, porque, aunque morimos, vivimos, en la fama y hijos, como tengo dicho; pero en aquel día no habrá títulos, ni vilancitos; no habrá memorias, como acá.

Pero diréisme aún: No quedamos satisfechos, porque todo eso de la fama que decís es accidental. Lo que hace al caso es la sentencia, y ésta decís que se da cuando el ánima sale del cuerpo. Luego más parece que nos había de amenazar la Iglesia con este día [que] no con el [del] juicio, pues que la sentencia de ahora y de entonces ha de ser toda una, y a nuestro parecer este día de la muerte, es mucho más cercano que el día del juicio, y puede ser de aquí a un año, y un mes, y una semana, y de aquí a mañana, y de aquí a una hora, y de aquí a un credo, y luego.

Digo, para esto, que es verdad que el ánima, luego en expirando, es juzgada, y donde fuere entonces, allí parecerá en aquel horrible día; y también digo que será entonces la muerte de verdad, como también dije, y enteramente; que no habrá lugar de cantilenas ni de nada, porque acá quedan las orejas, que la muerte es universal a todos los actos sensuales; que es un no ver, no oler, no gustar, un no oír, no hablar, no palpar, no hacer [uso] de los ojos, de la boca, de las narices, de las manos, de los pies, de la lengua y de otros movimientos; pero en aquel día digo que será la muerte entera en el cuerpo y ánima, todo junto, que la muerte de agora media es, y por eso nos amenaza Cristo y toda su Iglesia con aquel día y no con la muerte. Porque, mirá, la sentencia que se diere en la muerte, no la sentimos, a nuestro parecer, como cuando hablamos del juicio, aunque es toda una misma; que como imaginamos acá la pena de allá y que entonces este mismo cuerpo penará allá cuando esté junto [con] el ánima, de aquí cognoscemos cuánto más será la pena de aquella sentencia de aquel día que la de la muerte; y agora aquesto es, a nuestro parecer, porque aquel fuego todo será uno, y tanto nos atormentará después que muramos como aquel día;

pero en decir también que los cuerpos penarán entonces, casi parece que ya nos duele aquel ay de aquel día, aunque difiere aquel fuego, que es el mayor tormento que allá hay, del de acá, como el pintado del verdadero. Habéis agora visto por qué somos más amenazados con aquel día que con el de la muerte, que es porque entonces será la muerte entera, que ahora queda acá el cuerpo, media es. Y mirad cuán gran cosa sea aquella muerte, pues que ésta que es media nos parece cosa tan grande y difícil y penosa. Agora sepamos qué es la pena que allí hay para los malos, para que sepamos qué cosa es y qué es lo que pasa, y hallarás que la mayor y más continua pena es allá el fuego, y deste dice Santo Tomás que es fuego que da fatiga, que da pena, que da congoxa, que es obscuro, que es fuego que hiede; pero ni hay narices para oler en aquel mal olor hasta el día del juicio, porque acá se quedaron en la tierra; no se vee, por cuanto no hay ojos; ni se palpa, porque se quedaron acá las manos. Mas ¿qué será en aquel día, cuando hieda, y haya narices para oler, y ojos para veer, y manos para palpar? De modo que este es el fuego que hay allá y habrá entonces, que da una afección, una tristeza, un atamiento, un no sé qué. Y añádese otro, allende de lo que aquí dice Santo Tomás, que este fuego da un atamiento al ánima no sé de qué arte, y esto es un gran tormento; que se vee el espíritu libre, salido de las carnes del cuerpo, y veese allí atado al fuego, pensando en ello y por ello, y acordándose dello, y que con toda su libertad no puede salir de aquel fuego, ahí atado: es muy grandísimo tormento, y serlo ha muy más grande, cuando tenga allá el espíritu a su cuerpo, y entrambos penen y padezcan aquel fuego miserable, y cada uno sentirá según la cualidad y complexión de su cuerpo. Que vemos acá que muchas cosas le son difíciles a un hijo de un rey, criado en deleites desde su niñez, que no son a un hijo de un labrador; y muchas a un hijo de un labrador que no son a un hijo de un rey. Y cada uno destos sentirá aquel fuego según su natural complexión y según la determinación de Dios. También, principalmente, porque aquel fuego es discreto, no en sí, sino en cuanto es instrumento de Dios y gobernado por Dios. Y están en aquel fuego tantos, y el fuego es uno, y no da a todos igual pena; y el que está por un pecado dirá ay quedito, y el que está por tres ay recio, y el que por ocho ay más recio, y el que por mil ay muy más recio; que tiene Dios situada la pena por su divina providencia según la culpa de cada uno. Pues como el fuego de la cocina queme y sea de otro arte, y mi calor natural de otro arte; y el fuego de la cocina cueza una ave y no más, y no la vuelve otra cosa; que, si gallina le dais, gallina os vuelve; y si perdiz, perdiz os vuelve, salvo que os la vuelve caliente, seca, cocida o asada; mas la misma cosa es la que os da que la que le distes; y mi calor, de aquella gallina hace ojos grandes, y boca y manos grandes, y cuerpo grande, y que haga brazos grandes. Este fuego de agora será el de entonces [y como las almas de los condenados] esperan [unirse con sus] cuerpos [y saben] que en ellos tendrán otra arte de sentimiento, y [serán atormentados] de otra nueva arte, digo que por esto temen agora los dañados el día del juicio cuándo será, más que nosotros el día de la muerte; y de aquí veréis que les dirá Dios en aquel día: *Ite, maledicti, in ignem aeternum*. Y dirán ellos: ¡Cómo, Señor!, ¿no venimos deste fuego? ¿Cómo nos enviáis a él otra vez? -Sí, porque agora habéis de sentir este fuego, no como hasta aquí, sino también en vuestros cuerpos, y por eso

venís de fuego, ite, y volué a él. Ite, maledicti, in ignem aeternum.

¿Qué os parece? ¿Habéis visto la cosa cómo ha pasado? Mas diréisme: «Bien, que todo eso es verdad; pero es muy lexos ese día, que puede ser que no sea a cient cuentos de años, y la muerte es cada día. Luego más nos debería espantar la Iglesia con el día de la muerte que no con el día del juicio».

Y para esto, notad que Sant Juan vido muchas ánimas que pedían sus cuerpos y se quexaban que no los tenían juntamente con sus ánimas, a los cuales respondieron: *Expectate modicum donec impleatur numerus fratruum vestrorum*. Esperad un poco hasta que se cumpla el número de los escogidos, porque, a la verdad, poco es lo que hay de aquí al día del juicio; pero porque [ahora las almas están unidas] con los cuerpos y son medidas segund el tiempo y discurso del cielo, y según esto, parécenos a nosotros que hay mucho de aquí al día del juicio; pero cuando el ánima ha salido de la carne, no es medida por el tiempo y discurso del cielo, como cuando estaba unida al cuerpo. ¿Y qué [son] mil años? *Quid cum aeternitate?* Porque se mide el ánima sola por eternidad de tiempo, y según esto no es mucho lo que esperan las ánimas hasta el día del juicio. Entended a bien esto que digo que a las ánimas solas sin los cuerpos no les es tarde ni temprano [como] a nosotros. Y en verdad, si se esperase el juicio en carne parecería haber mucho; pero sin carne no es nada, salvo que nos parece a nosotros mucho. *Verbigratia*: así como [a] uno que duerme doce horas le parece que no ha sido nada, y después una hora de trabajo le parece que ha sido largo tiempo, o una hora que le están azotando le parece largo tiempo, mil años. De manera que, aunque a nosotros, que somos medidos por el tiempo, nos parece que este día es lexos, en realidad de verdad cerca es, y dígoos que es más breve desde que morimos hasta el juicio que desde que acá nascemos hasta que morimos. Por eso pará mientes que no es lexos, no, sino que aunque durmamos, como somos medidos por las influencias del cielo material, parece a nuestro pensar y imaginar que es tarde y largo este día. Y lo que a nosotros nos parece que es mucho, a las ánimas apartadas es módico, porque ya no fantasean, ni imaginan, ni exercitan los actos sensitivos, que todo aquello, que con el cuerpo se causa y hace, acá queda, y aun perece con el cuerpo hasta que sea resucitado al juicio, que será un mismo cuerpo, uno.

Veis [la causa por que la Iglesia nos pone hoy delante la memoria de este juicio]. Éste, éste será el día horrible, el día horrendísimo, éste será el día de ira y de manifestación y de pleito y de juicio. Éste es el día de castigo y de venganza y de definitiva sentencia. Éste es el día espantosísimo, día temerosísimo. Y este día, cuando el pecador no le teme, desesperad de su salvación, de lo cual es muy gran señal éste. Dice San Pablo en el tema: «Tesorizas ira para la ira de aquel día». Pues temamos todos, no como esclavos, que hijos somos, y salgamos de aquestos cuerpos, deste mezquino mundo, a poseer la caridad prometida, a ser hijos verdaderos mediante la gracia, *ad quam nos porducat Jesus Mariae Filius*. Amen.

Loci communes F. Dionisii Augustiniani quibus sunt addita et subtracta nonnulla a flores eiusdem ordinis, quae significant litterae subiectae. D. et F., etc.

DEUS

D. pro Trinitate

¡Dios, valme! ¡Dios, valme!, solemos decir cuando estamos en algún peligro. ¿Quién entrará a navegar este mar sin suelo? ¡Dios, valme! Qué alegría es tener un Dios tan grande y tan bueno como tenemos. ¡Cuántas veces estáis discontento, que no halláis cosa que os contente y os harte! Pues si algún hombre hubiere que desee hartar su ánima, sepa que hay cosa que le puede hartar, y, después de él harto, queda Dios entero. ¿Quién hablará de Dios? Soli Deo credendum est de se, dice Cipriano. Sólo Dios puede hablar de Dios, y a sólo Dios se ha de creer lo que dixere de sí, porque Él sólo se conoce. ¿Quién hablará de Dios? Esaías dice que vio un Señor asentado super solium. Si queréis que hablemos del cuerpo, de cómo crió el cielo y la tierra y todas las criaturas, bien podemos; pero de la cara y de los pies, del principio y fin, buscá quien hable. De la faz de Dios, de quién es Dios, ¿quién hablará?

¡Dios, valme! Hemos de hablar de Dios con reverencia. De Deo, et vera dicere, periculosum, dice el mismo Cipriano. Aunque uno hable de Dios, ha de estar temblando, y es tan grande que, aunque Él os regale, siempre le habéis de reverenciar, cognoscendo vuestra baxeza. Y así, cuando le hubiéredes servido, habéis de decir: «Siervo soy sin provecho». Señor, pues queréis que hablemos de vos, o habéis de suplir nuestras faltas, o habéis de mandar que no hablemos. Así lo digo a Dios cuando digo misa: «Señor, o habéis de suplir mis defectos, o no vengáis a nosotros; y pues vos lo quisistes, vos lo sufrid. Si queréis ser servido con corazones limpios y manos limpias, no vengáis acá, que no las tenemos. Y pues vos queréis venir, habéis de sufrirnos nuestras faltas». Con esa condición vino Dios; así nos quiere Señor, ¿qué has? Si me parece que [no] son acabados los pañales y heno en que te envolvieron! ¡Qué cosa es ver a Dios en un pobre pesebre, envuelto en unos pañales! Pues, hermano, eso es hablar un hombre de Dios: envolver en nuestras palabras a Aquel en cuyo acatamiento tiemblan los ángeles, [a] Aquel en cuya comparación todo lo que es, no es. ¿Qué remedio? ¡Dios, valme!

Aquel inmenso Dios, que no tiene tasa, se tasó y humanó en una donzella; Dios inmenso se tasó por una donzella. Por amor della hará agora que podamos hablar dél, etc.

En los días de los sanctos solemos predicar de los sanctos. Fulano sancto nació en tal día y tierra; de qué padres; y si primero fue pecador, también lo decimos. ¿Quién es el sancto de hoy? ¿Cuándo nació? ¿De qué padre y madre? ¿Cuántos años ha que nació? ¿De qué tierra es? Ecce Deus magnus vincens suam misericordiam. Bien es que tratemos un ratillo de lo que siempre habemos de hacer en el cielo. Para eso nascimos, para emplearnos en Dios. Hablemos un poquito de Dios.

¿Cómo se llama este Sancto? Dios. ¿Cuántos años ha? No tiene años, es

eterno, sin principio ni fin. No fue chiquito cuando nació, porque no se muda cuanto es un cabello; que, si pudiese mudarse, no sería Dios. Es tan rico, que no puede crecer; tan fuerte, que nadie lo puede vencer; lo que tiene, eso es Él. ¿Quién es ese Sancto? Razonable cosa me preguntáis. Quod est nomen eius? et quod est nomen filii eius, si nosti? ¿Quién pondrá nombre a una cosa, si no la cognosce? ¿Quién pondrá nombre a Dios? ¿Quién cognosce a Dios? ¿Quién es Dios? Preguntaldo a las pajaritas, preguntaldo al mar; quizá os lo dirán. ¿No os acaesce ir por ese campo y oír a un pajarito cantar? No le preguntéis: «Pajarito, ¿sabes algo de mi Dios?», pues todas las criaturas cantan y dicen quién es Dios. ¿Pensáis que solos los frailes, monjas y clérigos le cantan? Preguntad a un paxarito: ¿Quién es Dios? Dirá: Todo cuanto tengo me dio Dios: el ser, la vida, el cantar. Pues ¿cómo daría Dios lo que no tuviese? ¿Luego sabe Dios cantar? ¡Oh cantar de la bienaventuranza! La flor os dirá que es hermoso, que huele bien. El manjar os dirá que tiene sabor; el agua, que es fresco; el cielo, que es ancho, el sol, que es luz. Todas las cosas son lenguas que alaban su poder, su saber; todas las criaturas son hachas encendidas que nos muestran a Dios; mas ¡ay de aquel que se queda a oscuras!

- VI -

Adventus Domini in carne, sive Christi Nativitas

La solemnidad y grandeza de una fiesta se puede bien echar de ver por su vigilia. Que si fuere la vigilia grande, de fuerza lo será más la fiesta. Por eso la natividad del Baptista [fue] tan principal y solemne porque su vigilia lo demostró. (Dic las cosas que previnieron a su nacimiento: cómo lo anunció a sus padres el ángel y le puso nombre. Todo esto era señal de su grandeza y excelencia. Lo mismo de la Virgen gloriosa). Y éstas [la natividad del Bautista y la de la Virgen] tanto cuanto tenían de vecindad con la de Cristo, tanto se le parecían, y por eso [fueron] tan solemnes. Y así, conforme a esto, sacaréis la grandeza de la fiesta que esperamos, pues que tan larga vigilia ha tenido tanto aviso, tanta preparación. Por aquí entenderéis los grandes y soberanos misterios que en la Natividad del Redemptor se celebraron, pues sus vísperas son tan largas. Por esto verá el cristiano cuán de espacio se ha de apercibir para bien festejarla, pues también esto nos representa la Iglesia nuestra Madre: el largo aparejo de los sanctos padres y su larga esperanza, aquel vocear y llamar a su socorro al Señor, que los había de redimir, por tantos años, que parece cosa espantosa y que mucho admira ver la instancia de este socorro, el espacio de Dios en venir, y, junto con esto, los clamores y ansias de los hombres por este remedio, y Dios sordo al parecer. Parece que había encomendado este negocio a un pesado y largo sueño, que así le pareció a David cuando dixo: Excitavus est tanquam dormiens Dominus, tanquam potens crapulatus a vino. Parece, Señor, que cenastes muy bien y os olvidastes

durmiendo tantos mil años.

Cognoscido teníamos, empero de su misericordia que la causa de esta tardanza no fue olvido, pues Él dice: «Primero se olvidará la madre de su unigénito hijo, que él de su pueblo». Tampoco fue falta de voluntad y amor, que éste no faltó. *Charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans. Amor perpetuo, que no se cansó ni jamás hubo en él quiebra. Ni tampoco fue falta de misericordia, que ésta siempre la experimentó el hombre más que su justicia. Misericordia eius super omnia opera eius. Pues no fue falta de su sabiduría, ni de su poder ni fuerzas, porque, aunque más malicia hubiera en los hombres; aunque de propósito se juntaran, armándose contra Dios de todas las armas del infierno; aunque todo el mundo fuera peor que Sodoma y Gomorra, no era bastante [a] apocar su misericordia infinita, ni enflaquescer su poder, ni escurescer su sabiduría. Porque sapientiam non vincit malitia. No hay malicia tan fuerte que venza su sabiduría ni le quite las fuerzas, porque attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter. Puede tomar el mundo por el oriente y occidente y hacerlo dos pedazos, y puede juntar los dos tan distantes extremos. Siempre pudo hacer aquella grandeza de sola su omnipotencia, que fue juntar aquellas dos naturalezas, hombre y Dios. Pues si de parte de Dios ninguna falta hubo, y siempre fue el mismo sin mudanza, sumamente misericordioso y poderoso, y es verdad que es parte del beneficio acelerarlo y dar de buena gana presto, porque dicen que bis dat qui cito dat, parece que la presteza dobla la merced, ¿para qué tanto recatear con los hombres su salud? ¿Para qué la vendió tan cara? ¿Para qué la hizo tan dificultosa? Pues a Él era tan fácil y siempre su sabiduría salió con victoria de nuestra malicia y siempre pudo juntar aquellas dos naturalezas tan distantes, ¿por qué no luego? No caresce de misterio. Porque ese Señor tan sabio y tan fuerte disponit omnia suaviter. En la disposición de las cosas que crió hace muy conforme a la condición dellas. Nada hace contra su naturaleza ni apetito, sino todo a pelo y al amor de el agua. Dios crió al hombre señor de sus obras. No quiere hacer fuerza a la voluntad de el hombre, por no hacer contra la naturaleza de su voluntad, que es ser libre. Por eso no le hace fuerza, para que reciba el remedio y la salud, sino esfuérsalo para que atine a desearlo, ut Augustinus habet. Qui fecit te sine te, etc. No os dará salud sin vos. Y aunque el linaje de los hombres es verdad que no podía merecer esta venida y tan soberana merced, ni tuvo atención a mis gritos ni buenas obras de nadie, cuando lo hizo, sino sólo a su voluntad, por quien Él era y por su gran misericordia; non ex operibus justiae, quae fecimus nos, sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit: con todo eso, aunque el hombre no podía merecer su remedio, mas por guardarle Dios aquel privilegio que le dio del libre albedrío, no quiere sanar al hombre sin que él quiera. Que ya que no merecía su remedio, siquiera lo quiera y que lo sepa desear y pedir. Y que ya que no tenía el mundo obras que poner delante de Dios para obligarle de justicia, a lo menos, que se disponga con ansias y suspiros y deseos de su remedio y para recibir su misericordia. Y para que estos deseos y voluntad fuesen con la priesa que debían, era menester que primero el hombre echase de ver la necesidad que tenía de valedor después de haber venido a cognoscimiento de su miseria. Mas la voluntad del hombre estaba impedida para de este modo querer esta*

merced, porque su pecado era soberbia y ufanía y amor de sí mismo. Como pensó el hombre que él solo bastaba para sí, no podía desear remedio de Dios. Habíase alzado el hombre con el saber, pensó que era bastante sabio para saberse remediar, ¿cómo había de desear otra salud? Pues para que el hombre cayese en la cuenta de lo poco que podía, era menester que se desentonase su poco a poco conforme a su condición y que por la experiencia alcanzase el conocimiento de sí mismo. Dexale Dios sin favor de ley escrita hasta el tiempo de Abraham, con el cual tiempo alcanzó larga experiencia de lo poco que podía sin Dios, por las grandes abominaciones de pecados, idolatrías y errores, ignorancias groserísimas en que cayó el hombre con su saber. Dicentes se esse sapientes stulti facti sunt et mutaverunt gloriam. Y conforme a esto eran los deseos que tenían. Tradidit illos Deus in desiderium cordis eorum, y dexólos. ¿Y qué deseaban? Que Dios no tuviese cuidado dellos, que los dexase en su baxo saber. Dixerunt Deo: Discede a nobis; scientiam viarum, tuarum volumus; bastanos nuestra sciencia natural. No estaba bien cognoscido el mundo, no estaba dispuesto para recibir la merced; era menester que hubiese algunos buenos hombres libres de esta ignorancia, con cuyos deseos se conformase Dios. Y para esto dioles ley escrita, en la cual cognosciesen la miseria del pecado en que estaban. Sanct Pedro: Per legem enim cognitio peccati. Después que con el pedagogo y ayo de la ley cayeron los hombres en la cuenta de su poquedad y que todo lo que podían y sabían sin Dios era errar y pecar y idolatrar, vinieron a cognoscer por la experiencia de su miseria la falta que tenían de favor y que tenían necesidad de valedor y salvador, y así atinaron a pedir el bien y desearlo con grandes ansias viendo que nada podían. Da voces David: Excita, Domine, potentiam tuam et veni. Ya sabemos que no basta nuestro poder. Visto lo poco que sabían para escapar del infierno, decía: Usquequo, Domine, avertis faciem? Y crecieron tanto los deseos del Mesías, cuanto cresce la experiencia de su miseria. Y así, como gente muy necesitada, daban voces al cielo; pedían a las nubes, apercebían a la tierra: Rorate caeli desuper et nubes pluant justum. Cielo, envidad vuestro rocío sobre el vellocino de Gedeón. Nubes pardas y frescas, acabad ya de llover al Justo. Oh tierra virginal, doncella sanctísima dadnos ya al Salvador. Vinieron estos deseos a tanta fineza y puridad, a ser tan tiernos y delicados, que los representaban como deseos de esposa a su esposo, que mucho ama. Quis det te infantem meum. Quién me diese, hermano mío [que fueses como un niño que está mamando], a los pechos de mi madre, para que te hallase ya solo y afuera del secreto de la recámara de la Trinidad, porque aunque toda la Trinidad ha de entender en ello, porque todas las obras ad extra, las que son fuera de la Trinidad, son comunes a todas tres personas; pero la esposa pide a Él solo, que Él solo sea término de la asunción y unión de la naturaleza humana, Él solo suposite y de ser personal a aquella humanidad; Él solo sea Dios y hombre, y no el Padre ni el Espíritu Sancto, sino el Hijo.

Veis aquí por qué se detuvo Dios tanto para solicitar el corazón del hombre y granjear dél buenos deseos de su salud. No es la misericordia de Dios la que se detuvo, no es Dios el que vino despacio, sino el hombre con sus deseos se tardó. Estimó Dios en tanto el deseo del hombre, que, aunque no podía ser merescedor de su venida, se quiso conformar tanto con su voluntad, que, en venir, se dio la priesa que el hombre [se] dio en

desearlo. Quiso que sus deseos fuesen como litera en que había de venir; que, si desease a priesa, así vendría, si despacio, despacio. En fin, que la tardanza que hizo, fue dar priesa a los hombres que lo deseasen. Los cinco mil años que se detuvo fue andar con su misericordia innumerables leguas, negociando el deseo y voluntad de los hombres. Y aquel «ya voy» espacioso de Dios era un reclamo con que Dios pedía voluntad y deseo a los hombres. Y así, cuando muy deseosos estaban los hombres dando voces a Dios que viniese, dice el Señor al profeta que les diga: Si moran fecerit, expecta eum, quia veniens veniet et non tardabit. Si se tardare, espérale. Y aun por eso se tarda, porque le esperes y deseas, y como tú lo esperas con poca intensión y priesa, así veniens veniet, a ese paso viene ÉL, poco a poco, hasta que sea bien deseado, porque de los deseos de los hombres le ha de dar su misericordia nombre. Así se llama Expectatio gentium, Desideratus cunctis gentibus, el Deseado de todos, el que pidieron y desearon los hombres, el que negoció con los hombres que lo deseasen para cumplir su deseo, y así quiso ser recibido de su esposa. Totus desiderabilis factus. Agrádale mucho a Dios un buen deseo, etc.

- VII -

Assumptio Mariae Virginis

La Virgen siempre fue sancta, pero también lastimada con trabajos en esta vida; y si miráis a sus fiestas, veréis en ellas su sanctidad y algún trabajo de que compadesceros. Sancta fue su Concepción; mas cosa fue de compasión entrar en este mundo y andar en la estrechura del vientre. Sancto fue su nascimiento; mas llorando nació, como las otras niñas. Y en todas las fiestas siempre hallaréis algo de que compadeceros della. Mas esta fiesta es de otra nueva manera, porque, así como en su vida se juntaron con ella trabajos con sanctidad, y siendo la más sancta fue la más trabajada, así hoy la que es sancta, como siempre lo fue, está del todo ajena de trabajos.

Optimam partem elegit. Mirum est que, siendo tan gran cosa la Virgen que lo que se dixere de ella sea digno della, es hoy aquí alabada por la boca de el Señor, «que eligió lo mejor». Paresce que esto es cosa tan común que no hay quien otra cosa haga. Quien puede alcanzar riqueza, no escoge pobreza; quien salud, etc. Otra cosa debe ser de la que alaba Cristo a su Madre de que tuvo tanto saber y bondad que escogió la mejor parte; otra cosa debe ser la que se llama mejor; que no sin causa dixo el Señor aquellas palabras que son condenación de los errores del mundo, que lo que es alto delante los hombres, es abominación ante Dios. Dixo Dios esto, ideo bone.

Pero gran temor tengo que hay mucha gente que no la cree con aquella firmeza. ¡Oh miserables mundanos, incrédulos! No sólo las palabras de Dios, mas a sus obras, y no cualesquiera, mas a las muy trabajosas y

costosas a Él, para que por ellas entendiésemos que doctrina que a Él tanto cuesta no la dice de burla, sino que quiere que sea creída y obrada, etc.

Decidnos, Señor: cuando venistes del cielo a la tierra para enseñarnos, ¿escogistes por ventura la mejor cosa, el mejor vestido, las honras y descansos y lo demás que el mundo llama mejor? Por cierto, hermanos, si lo que el mundo llama mejor y lo que él elige es lo mejor, Jesucristo se engañó y eligió lo peor, y Él es cierto que no puede ser engañado. El mundo mire lo que hace y cómo siente las cosas, y entienda que Dios no puede errar. Y pues escogió la pobreza y trabajos, aquella es lo mejor, y lo contrario, por mucho que el mundo lo elija y lo precie, es lo peor. Y como la Sagrada Virgen fuese enseñada por el Espíritu de su Hijo, aun antes que Él encarnase, no erró en que eligió la verdad de Dios y no la mentira del mundo. Ya sabéis que, pudiendo ser rica, se hizo pobre, y teniendo derecho para nunca pasar trabajos, pues nunca tuvo pecado, fue la más exercitada en ellos que ninguna criatura, por pecadora que fuese. Y si preguntáredes cómo tuvo corazón para escoger pobreza y sacrificar a Dios los placeres que el mundo tiene por dioses dignos, fue tanto el cognoscimiento y amor que a Dios tuvo, tanta la estima con que le apreció que, por alcanzarlo y alcanzar mucho dél, no sólo no deseaba las cosas terrenas, mas ni aun las tomara, aunque se las dieran, teniendo por cierto que cuanto más dexaba por Dios, tanto más tenía dél. Y por eso tenía, muy mejor que San Pablo, las cosas por estiercol, porque Dios fuese precioso en sus ojos. Y no tenga nadie por agravio que se llamen estiercol los bienes deste mundo, pues que él no fue criado para hombres, sino para casa de bestias, y el tal lugar establo se llama, y lo que en él hay estiercol es. ¡Oh gente abatida, ratera y de pequeño corazón! ¿Con que andáis desvelados, aperreados y muertos por henchir vuestras arcas y senos de vilísimo estiercol, y no os enamoráis de los bienes eternos, que son mayores que vuestro deseo puede comprehender? Virgen, para siempre bendita, nunca cupo en vos pequeñez de corazón, porque aun el mismo pretender de ser Virgen es grandeza de corazón, pues es acocear y tener debaxo de los pies el fuerte enemigo, que es nuestra carne, de la cual muchos chicos y grandes son miserablemente vencidos. Grande empresa fue ésta, y la primera mujer que la emprendió fue la Madre de Dios. Ideo dicitur Virgo virginum. Y como la emprendió con grandeza de corazón, así la guardó y salió con la victoria.

Mas no paró [en] esto su magnanimidad, pues no sólo la tuvo en despreciar la carne y todo el mundo (y si os dixera todo el cielo, no mentiré) y puso sus ojos en elegir la mejor parte de todas, ut dicit evangelium, la cual es Dios, bien sobre todos los bienes juntos, entero y cumplido bien, tal bien que, en comparación suya, la sanctidad de los sanctos no es sanctidad, la luz es tinieblas, y todos los bienes juntos son nada en comparación de aquel sumo bien. Aquí, aquí, hombres, poned vuestros ojos para enamoraros de tal hermosura; aquí vuestro corazón; aprended en esta sagrada mujer, la cual fue tan enseñada que eligió la mejor parte de todas y se dio tan buena maña que la alcanzó y la poseerá para siempre sin que le sea quitada. Todo lo cual vio David en espíritu en alabanza de esta Señora. Quid mihi est in caelo, et a te quid volo super terram, usque ad illud pars mea Dominus. ¡Oh amor leal! ¡Oh lealtad amorosa, empleada en

aquel que, por ser sumo bien, es digno que se quite el amor de todas las otras partes y se ponga en Él! ¿Qué tengo yo que desear en el cielo?, dice la Virgen. Porque, aunque allá hay cosas de tanta excelencia que sin comparación exceden a las de acá, es tanto el exceso con que Dios les excede que, para quien lo entiende como la Virgen bendita lo entendía, son contadas por nada, indignas, que impiden el amor que hacia Dios debe correr. Y si a las cosas que hay en el cielo la Sagrada Virgen no vuelve la cabeza, ni aun las mira por no enturbiar su vista, con que mira a Dios, ni impedir su corazón, aunque sea pequeña parte dél, porque tiene por grande mal no dar a Dios su corazón todo entero, ¿cuánto menos cuenta hará de las cosas de la tierra, pues son de tan poco valor? Bien pobre de todas ellas estaba el corazón de la Virgen. Había leído y puesto por obra lo que el altísimo Señor había dicho: *Vulnerasti cor meum, soror mea*, etc. Era tan grande la sed que de Dios tenía, no sólo su ánima, más aún su carne, ut dicit David, que del gran deseo de Dios, se desmayó la carne y el corazón, como quien cumplía lo que está escripto mejor que ninguna criatura: *Filiae Hierusalem, adiuvo vos, quia amore langueo*, etc. Mas esta enfermedad salud es, y muy mal sano está quien de esta enfermedad no está enfermo. *Dedecus filii pater sine honore*. Es cosa muy fea y de las más culpables que se pueden culpar en un hijo estimar en poco la honra de su padre; si, siendo él rico, permite que padezca pobreza; teniendo abundancia, sufre que muera de hambre; próspero, disimula verle andar mal vestido. Esta es gran mengua de hijo. Mas no caía en esta falta Cristo nuestro Redemptor con su Sanctísima Madre, ni permitió que en ella hubiese falta, ni un sinó, por el cual fuese afrentada; antes la honró con tan aventajadas mercedes que todos los de la tierra y cielo la confiesen y tengan por reina y señora. Si en algún día nos ha de hacer el Hijo misericordia, es en éste. *Dicitur I Paralipomenon, 15 et 16*, que el rey David llevó con gran regucijo y solemnidad al Arca del Señor al tabernáculo, que para ella tenía aparejado, y después dio a cada uno de los que se hallaron presentes una rebanada de pan y un poco de carne asada y un buñuelo. Poco es esto para Dios. Y pues es mayor rey y hay mayor ventaja de la Virgen al Arca, mayores mercedes nos hará. Ítem Salomón, cuando puso el Arca en el templo, celebró gran fiesta por ocho días y dio la bendición. Uno de los grandes martirios que padesció la Virgen fue quando sola *quaerebat eum toto vitae cursu, et magis post resurrectionem, usque ad eius Assumptionem*. Algo de esto experimentáis las madres que tenéis mucho tiempo vuestros hijos absentes. Pues mirad qué sentiría tal Madre absente de tal Hijo. No se puede decir ni sentir ni escribir; ni aun creo que me creeréis esto que os quiero decir porque se habla poco tiempo de esto entre nosotros. Pues habéis de saber que da Dios un amor a los que quiere y cuando quiere, y según la medida que quiere, que por el tiempo que dura no hay mayor tormento que verse en la tierra. Ni toman consuelo en verjeles, ni en casas ni en todo lo demás que deleita, antes les da todo esto en rostro y les hiede. Y si les pusiesen lanzas y grandes peligros para ir por ellos a Dios, irían con tanto denuedo, como otros podían ir a cosas muy honrosas. Bien lo sentía David. *Sitivit in te anima mea*. Gran confusión mía. David rey era, mucha ocupación de negocios tenía; cuidado tenía de regir el reino y de proveer lo necesario; con todo eso decía que estaba su ánima tan abrasada y herida del amor de Dios que ninguna cosa le

podía dar refrigerio hasta verse del todo engolfado en aquella corriente de aguas de gracia. Y nosotros con nombre, y oficio y obligación de recogidos y espirituales estamos en la tierra, y no tenemos el menos dolor de vernos sin Dios, clara señal de tenerle muy poco amor. Y si decía David aquello, encumbrad vuestra consideración, si pudiéredes, a sentir lo que sentiría y diría la que sin comparación amaba a Dios más que David, y junto con esto era [su] Madre. ¿Qué padecería su corazón cuando, rezando el Paternoster, decía: Adveniat regnum tuum, y se sentía con tan excesivos ardores y deseos de la consecución de el reino de Dios, y en este sentimiento se le representaba lo que dice la siguiente petición. Fiat voluntas tua? Para vos poco es decir esto, porque tenéis pequeño deseo, o, por ventura, ninguno de ver el reino de Dios. Mas la Virgen, que tanto lo deseaba, en decir esta petición padecía gran martirio, porque, en mentándole un ángel su reino, érale tormento la vida, y deseaba verse suelta de las ataduras de la carne, y con todo esto decía: «Pues vos sois servido que está acá, fiat voluntas tua».

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario